

COLECCION LA GRAN AVENTURA

BLANCA N. TSCHUDY

LEYENDAS DE LA TIERRA AMERICANA



EDICIONES DEL TRIDENTE S. A. C. e l

Colección
LA GRAN AVENTURA

Dirigida por
FÉLIX MOLINA TÉLLEZ

I
DESDE LOS MITOS LUNARES AL RADAR

JOHN DEWEL

II
LEYENDAS DE LA TIERRA AMERICANA

BLANCA N. TSCHUDY

III
LA SERPIENTE EN LA MEDICINA Y EN EL
FOLKLORE

TOBIAS ROSENBERG

LEYENDAS DE LA TIERRA AMERICANA 2

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Copyright by EDICIONES DEL TRIDENTE S. A. C. E I, 1946

Todos los derechos reservados

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

BLANCA N. TSCHUDY

**LEYENDAS
DE LA
TIERRA AMERICANA**

EDICIONES DEL TRIDENTE
S. A. C. e I.
BUENOS AIRES

INTRODUCCION

El vasto territorio de América acusa bajo su despejado cielo, exuberantes vegetaciones tropicales y praderas extendidas como inmensas sábanas teñidas de verde ante la caricia de un sol que se prodiga en rayos vivificantes.

Las desiertas salinas, como descarnados brazos de un cuerpo deformado, disecado por la muerte, dejan escapar los gritos de la savia, que se retuerce en las tierras cercanas, por las espinas de los cactus y la floración de espinillos que se adelantan al viajero como en anuncio de una desolación de estepa.

Las sierras se alzan altaneras como la montaña misma, y el valle esconde sus armonías secretas en el saltar de las cabras y en el murmullo de las aguas que se aquietan en su seno, y las cataratas desploman su amargura de siglos desde lo alto de su frente y se arremolinan en una orquesta de olas y de espumas.

En este territorio, el llano es llano porque no hay más que ondulaciones que detienen la mirada, y el mar de esmeraldas no presenta ninguna orilla. Aquí la selva es selva



sin consideración y sin abrigo; intrincada y severa, impenetrable y despiadada, y los ojos encuentran la visión regustada por el pensamiento, en lo misterioso, en la grandeza de una vegetación irresoluble, en la lucha contra los elementos o en la sorprendente belleza de una piedra tirada al descuido por los tiempos. La misma cascada dibujada por la mano erosiva de una dinámica externa y la montaña levantada sobre el calor de un infierno interior, ofrecen a la inspiración popular propicio campo de acción imaginativa para arrancarle leyendas a la cuerda anímica del hombre.

La formación del mito en América fué una realidad de su medio. América entera era una sola leyenda; la tierra del Rey Blanco atrajo con sus fantasías a los conquistadores. Hombres valientes, decididos por naturaleza, capaces de lograr grandes empresas; hombres templados a sangre y fuego en la lejana España, un día cualquiera, en que la ambición fué más grande que en los otros, se hicieron a la vela rumbo a América; esa enriquecida América donde la plata y el oro se encontraban por doquiera, donde no había más que alargar la mano para volver a la Metrópoli convertidos en grandes magnates.

Las acechanzas y las privaciones convirtieron al Conquistador en un manojo de instintos que se exacerbaban a cada paso. América era en la realidad un país de lucha donde el salvaje vivía en medio de sus cultos primitivos, libre como el aire y como las aguas de sus ríos. El oro existía, pero no era lo bastante para la codicia del conquistador; necesitaba más aún, y para lograrlo se fué adentrando en el territorio, resistiendo a la aclimatación, porque aclimatarse



hubiera sido para él la desintegración de su cultura y de sus pasiones en una especie de muerte moral y espiritual.

Las alimañas de la selva lo recibieron con espantosas sorpresas; pero nada lo arredraba. Siguió río arriba sin reparar en el valor de la sangre que derramaba a su paso. América se presentaba ante sus ojos con el brillo refulgente del oro, y no había cruzado en vano las leguas de agua y de selva para contemplar el paisaje o humanizarse ante las hordas indígenas. Los primeros historiadores hablan de los graves inconvenientes con que tropezaron los expedicionarios. Luis de Miranda, Pedro Hernández, Ulrico Schmidel hacen desfilar ante nosotros los cuadros de la conquista americana, donde la fiera del conquistador se unía al instinto salvaje del indígena en una torturada fiebre de oro que corría en ríos de sangre por la tierra nativa.

El aborígen vivía absorto en su medio, y ese medio lo retenía en sus marañas, y en ellas generaba sus principios absolutos. De esa manera, las fuerzas externas y los elementos que le fueron familiares, vinieron a completar su pléyade de dioses y de espíritus tutelares. Todo tenía una razón existencial: misteriosa, secreta, pero colmada de doliente candidez que provenía del mismo ambiente, del profundo estrato de la raza. Si el conquistador español no supo aprovechar esta rica fuente de recursos que constituían la leyenda —las creencias y supersticiones indígenas— para lograr el sometimiento indígena, el misionero, más capacitado y sin ningún egoísmo inmediato, supo encontrar en ellas el medio insustituible para catequizar al aborígen y para cimentar en América el cristianismo. El principio del Bien



y del Mal que se contraponían en esas leyendas, fué sabiamente aprovechado por el misionero. Añang en el litoral, sembraba el espanto y torturaba las almas; Tupá daba la dicha y el bienestar. Los espíritus malignos se escondían en la espesura de las selvas y los espíritus del bien luchaban contra ellos como en las epopeyas de la Iliada y de la Eneida. Grecia con su Parnaso descendía del Olimpo y se mezclaba en la naturaleza para asistir a la lucha de los elementos y alentar a los unos en detrimento de los otros.

La inteligencia del misionero iba más allá de la conquista del pedazo de tierra. El misionero pretendía la conquista del alma para el reino de los cielos, con la presencia de un único Dios hecho de bondad y de sacrificio. Y así, se vió obligado a destruir los antiguos ídolos de las tribus dispersas por la campaña abierta a la inmensidad de un horizonte, o escondidas en los intrincados rincones de la selva, como en sus crónicas lo anuncia el padre Techo al hablar de las vicisitudes pasadas por sus hermanos jesuitas en la catequización de la raza hereje, y la conquista espiritual de esos esforzados héroes de la cristiandad sirvió de norte y de guía a los afanes desprejuiciados de la ambición del oro. Por eso se fué adueñando del espíritu indígena, penetrando en su psicología, penetrando en sus creencias que supo transformar para el triunfo catequista de la Iglesia Católica.

A pesar de ese proceso espiritual, el clan mantuvo una equidistancia perfectamente marcada, aunque disimulada en la sumisión y el vasallaje durante el tiempo de la Colonia, pero que en la época de la expulsión de los Jesuitas se



desató en desenfreno, con lo cual el aborigen ofreció la pauta de la inconsistencia de la disciplina en que lo habían hecho entrar las misiones. Entonces los preceptos cristianos se fueron al suelo. La persuasión había sido superficial, hilada en medio de las múltiples creencias que exacerbaban su fantasía, y al caer los puntales de la misma, el edificio que la religión cristiana creyó que había edificado con bases firmes, se desplomó con sus vírgenes talladas en troncos de palmeras y quebrachos, por manos indias.

Para el indígena, la selva tenía las características de una atracción o de un sortilegio. Cada árbol respondía a un mito, cada cascada a una leyenda. Los pájaros tenían un lenguaje en comunidad de naturaleza; todas las cosas y todos los objetos representaban una fuerza y hasta él mismo, no era otra cosa que un punto viviente dentro de ese engranaje que se movía a impulso de los espíritus que figuraba buenos o malos a su antojo. América era propicia para la leyenda, y la leyenda se fué extendiendo en el monte y en la selva, en el llano y en la montaña.

Cuando la tradición oral adquiere forma en el papel, nos sorprendemos de esa nuestra riqueza imaginativa que nos permite crear un mundo de concepciones diversas aun para una misma cosa. Todo responde a un origen mitológico y todo se desarrolla en torno al mito, y al mismo mito se incorporan elementos emotivos y trascendentales de la madre patria, que, asimilados a los originarios de nuestro territorio, producen la hibridación, no sólo de leyendas y creencias sino también la confusión deísta del indígena colonizado.



El hombre radicado en la montaña o en tierra adentro, cultiva este género de leyes primitivas como el código que rige su vida, evidenciándose en cada caso las características geográficas y sociales de cada región. A este respecto, Félix Molina-Téllez, que ha penetrado en la raíz de lo folklórico, dice: "La selva, la montaña, la pampa, son cosas duras, llenas de sorpresas, de fenómenos inexplicables a la luz de la lógica que prescriben los libros; pero que el hombre de estos lugares debe aceptarlos o morir... La leyenda es el código de la selva, de la montaña, de la pampa, del río. Un código moral de magnitudes fantásticas como lo es la misma naturaleza. Se necesita escribirlo así, a fuerza de brazadas de tradición, de años, de inconcebibles símbolos que son monstruos que hacen las veces de fiscales acusadores de la conducta de los hombres, para que éstos no se destruyan entre sí, se defiendan de los peligros de la naturaleza, y lleguen a respetarse mutuamente... El hombre de la selva, de la pampa, de la montaña y del río, concede espíritus extraordinarios a los animales, a los vegetales, a las piedras; no por puro capricho o por espantoso morbo mental, sino como una manera de humanizarlos a fin de temerles. Cada gesto del animal es una interpretación humana, porque de esa forma el hombre puede prevenirse al concederle un lenguaje equivalente a la condición humana. Todo lo que el hombre hace o teje con su fantasía en la selva, en la montaña, en la pampa, es un medio para existir y perpetuarse..."

En la llanura, los rasgos legendarios han desaparecido fácilmente, pues el campo abierto, propicio para el ensueño



y para el canto, no genera el drama de los elementos que mantienen el misterio siempre latente. En cambio, en la región occidental y norte argentino, las creencias se mantienen en todo su vigor, y de generación en generación se nutren de savia nueva. Esto se explica claramente: el hombre sujeto a una continua lucha con la naturaleza, sometido a un aciago destino y a un fatalismo que acepta como cosa convenida, explica su desconcierto y sus desgracias por medio de sus supersticiones.

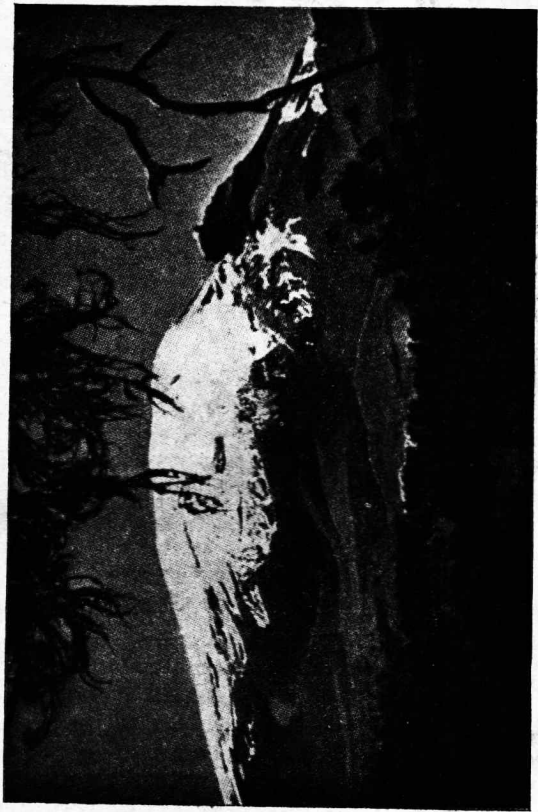
La montaña, aislada como un bloque, severa e imponente, alegre de vegetación o dura en su piedra, recelosa como min-guna, vigilante centinela de los seres que moran en sus valles, ha generado por sí sola multitud de leyendas y mitos que dan margen a una literatura de honda raíz folklórica. En su "Canto de la Montaña", Juan Carlos Dávalos traduce en poesía muchas de ellas, extraídas de la tradición oral de los habitantes montañoses. En todas las versiones se hace presente el aislamiento de la cultura del altiplano. La lucha con el medio, convierte al hombre en ente propicio para la generación de concepciones de una credulidad infantil. La montaña es su amiga y su enemiga. Es amiga en cuanto por ley de atavismo se apega a su espíritu y resguarda sus habitaciones en los días en que Guayrapuca sopla con su aliento frío, y es enemiga, cuando en la lucha por su propia existencia, debe cruzarla con su ganado en medio de la lluvia o en las grandes nevadas que destrozan sus esfuerzos. Es así como ese hombre comienza a ver en la montaña poderes sobrenaturales, y él a su vez



crea poderes sobrenaturales para conjurar la furia de los que le son adversos.

La "montaña se enoja" cuando se toca o mata a algunos de sus animales, si no que lo diga la pastora que mató al ávido cóndor que cayó sobre su rebaño y volvió al lado de su madre sin habla. La adivina que conocía el genio del cerro, le gritó al espíritu de la noche, a fin de que la pastora recobrara el habla. La "montaña se enoja" cuando alguna persona extraña o desconocida pretende subir a su cima; si esto ocurre, se desata en un temporal. El espíritu de Coquena habita los cerros y protege a las llamas y a los pastores; entonces, para hacerse simpático a Coquena, existen oraciones propicias para que el paso por la montaña sea feliz al hombre. Detrás del cerro está la Laguna Brava que no quiere a los forasteros. En el Churchal hay un fantasma que lleva a cuestras una caja de difuntos, y que corre de un lado a otro. Hay que tener cuidado de pasar cerca del cementerio pues las ánimas pueden toparse con uno. Hay que ofrecer el "acullico" a Pacha Mama en las sierras, para que ayude en las empresas. La Salamanca habita entre las montañas y hay que rezar un credo para conjurarla. Y así infinidad de mitos y de leyendas, a cual más interesante, se revuelve en torno a la montaña.

La selva traicionera, con su mundo de ruidos y de silencios y su maraña de plantas superpuestas en un anhelo de vida hacia el sol naciente; con sus espantosos vericuetos, verdaderos laberintos del pensamiento humano donde la vista penetra y se pierde en un sinfín de confusiones; donde la lucha es lucha sin cuartel; despiadada, tenebrosa



1. El volcán Popocatepetl (Montaña Humeante), que con el volcán Iztaccihuatl (Mujer Blanca), constituyen los símbolos péticos de la leyenda mexicana.



y cuenta dentro de su majestuosidad; donde el hombre se hace mito y leyenda, para resolver los interminables problemas que se le presentan en su debilidad que lo muestra como una diminuta hoja arrojada a los caprichos de la fatalidad; gira en torno del misterio. Misterioso es su aspecto y su impenetrabilidad; misteriosos los seres que en ella se mueven; misterioso su silencio, misterios de reducción, su calor y su sombra; misterio sus árboles y misterio su tierra. Y alrededor de este misterio, se generan las creencias, esa literatura oral que pasa de labio en labio, entre mate y mate, o entre sorbos de aguardiente en las horas de descanso y de espera.

La tradición está en la selva y los habitantes de los contornos la respetan y la acatan sin intentar rebelarse, que hacerlo, sería morir, porque la selva no tiene consideraciones y es altanera y avasalladora.

La selva encierra en su seno a la Salamanca, y las adivinas celebran sus reuniones con ella en las noches sabbáticas. Ellas únicamente tienen contacto con los espíritus y entienden de las cosas de ultratumba y de los conjuros. Que el arte de las adivinas de tierra adentro no se circunscribe a estos menesteres solamente, sino que su sabiduría llega a mucho más, dados los poderes que les ha conferido en algunos casos Dios, y en otros Pacha-Mama o el mismo Diablo a quien tienen la ventaja de conjurar y retirar de su camino cuando no les conviene.

Como vemos, alrededor de la selva lo mismo que alrededor de la montaña se manejan multitud de factores legendarios, verdaderos señores de comarcas.



Sin duda alguna que la tradición que se mantiene en ellas, se conserva más pura que en la llanura, dado el aislamiento. Además, la afluencia de mitos y leyendas es igualmente mayor y más ricos éstos, en figuras y en imaginación.

Pero tanto la llanura como la selva, como la montaña, son centros generadores de relaciones fantásticas. América explica sus prodigios y sus desdichas con sus mitos y en el fondo, como antes lo he consignado, América no es más que una leyenda hermosa y promisoría.

Estas leyendas que aquí se reúnen tienen un fin didáctico, y es el de ofrecer a los maestros de nuestra América un material folklórico que, al par que deleite al alumno, como fondo moral y heroico, lo lleve a interpretar el hondo sentido de la realidad, el espíritu que presidió la gesta de nuestro Continente.

Todas ellas tienen su razón de ser en esa afloración de sentimientos de una raza que se traduce magníficamente en la tradición oral. No es una cosa vana y diluida en el tiempo, sino un código moral donde el heroísmo y la nobleza corren parejos con el deseo de mantener las normas de vida sobre conceptos inveterados en las sociedades más evolucionadas.

Ofrecer piezas de acervo folklórico de América para lecturas libres, para las clases de la misma materia, es una labor que urge realizar, y nosotros, los que estamos empeñados en demostrar la calidad de un Continente abierto a las mejores esperanzas, aportamos nuestro grano de arena a la tarea.

LA MUJER BLANCA

Noche de ensueños y de aleteos de romances, ésta de Méjico, cuajada de estrellas que parpadean en un centellear de luces diminutas.

Misterio y soledad infinita, lo que apetece el alma para esa muda comunión con lo Supremo, con lo Increado que, sin hacerse visible, se adivina detrás de cada sombra, detrás de cada monstruo de piedra coronado de nieves eternas o quizás en el rodar constante de las aguas.

Estamos frente a Dios, contemplando su obra. Nos sentimos pequeños, con esa pequeñez que sólo se experimenta cuando se sabe el mundo grande y uno está en la tierra para vivir impulsado por un destino inexorable que no ha de torcerse jamás.

Una canción nos llega de lejos, es una voz clara y cadenciosa, rítmica y sonora, pero triste, y el motivo que entona es de una dulzura inigualada. Habla de caminos por donde vinieron seres que ya no existen; habla de mujeres de cabellos dorados como espigas de trigo y de hombres de bronce.



Nos quedamos en silencio, escuchando...

Nos acompaña un hijo de la comarca, muchacho que conoce palmo a palmo aquellos dominios. El nos ha guiado a lo largo del Anahuac y ahora nos señala los picos que se levantan cercanos a la ciudad del mismo nombre. Iztaccíhuatl y Popocatepetl. Allí están los dos, enormes, grandiosos, blanqueadas sus cabezas en un rigor de siglos. "La mujer blanca" de los aztecas y su desventurado amante, eternizados en las moles inmovibles.

Ahora la canción, más triste y más melodiosa, habla de una muerta pálida, blanca como una azucena que se fué a los cielos en un rayo de luna...

El muchacho desenvuelve ante nuestros ojos, nuevas maravillas en una enumeración de montes y de ríos...

Pero nosotros no podemos apartar la vista de "La mujer blanca"; nuestro soliloquio interior gira alrededor de ella persiguiendo ideas descabelladas, pero singularmente hermosas.

Malinche, la hija de Iztaccíhuatl y Popocatepetl, yergue su talle de doncella en una masa aislada, añorando sin duda los venturosos tiempos en que corría como una gacela por los valles de Anahuac.

Antes de que Hernán Cortés derramara su llanto sobre las tierras mejicanas y que la victoria de Otumba levantara su espíritu y su prestigio...

Antes que al grito de guerra envuelto en el fragor de la batalla cayeran bañados en su sangre los hombres más valientes del Imperio Azteca...



Quando todavía la conquista hispana era una ilusión sin sentido, acunada a orillas de los ríos peninsulares o del gran océano, y América toda era un mito y un país de quimera ignorado en algún punto del globo... el gran Emperador de Méjico, tenía por tributarios además de otros reinos, a Tlaxcala.

Todos cumplían con sus deberes de vasallos, pero un día, Tlaxcala se negó a hacerlo y la paz que reinara hasta entonces en sus relaciones, se trocó en guerra.

Siete reinos colaboraron con el de Méjico. Pero Tlaxcala tenía un gran capitán, el valiente Pohuit-petl y a él se le encomendó el mando de la huestes.

Pohuit-petl aceptó gustoso. ¿Qué otra cosa podría ansiar un guerrero templado a fuego como él, que el liberar a su tierra de enemigos y cimentar la gloria de los suyos en las aureolas del triunfo, sobre todos los demás pueblos?

Pero Pohuit-petl hacía tiempo que estaba herido de amor; amaba en silencio a la hermosa hija de su Señor, a la joven princesa Iztaccihuatl.

Nunca sus labios se habían desplegado para decirle una sola palabra que le descubriera su inmenso cariño. Mas, quizás la doncella de tez blanca como la aurora y de rubios cabellos, adivinó en los ojos soñadores del bravo guerrero aquella pasión contenida, y se dejó querer... como se dejan querer las almas buenas cuando el amor ya les ha brindado su primera sonrisa y ha dibujado en sus pupilas una lejanía incomprensible y una angustia jamás revelada.

No, partió el capitán sin antes solicitar de su Señor la mano de Iztaccihuatl, como premio de la victoria.



—Triunfa Pohuit-petl, y mi hija será tuya —había dicho el gran señor.

Y Pohuit-petl se marchó con su infinita alegría, más valiente y más aguerrido que nunca, porque ahora el amor guiaba sus pasos y disparaba sus flechas con increíble puntería.

Llegó el momento del triunfo, Pohuit-petl estaba radiante de gloria y sediento de caricias.

Iztaccihuatl lo aguardaba en aquel pedazo de tierra que él había defendido con la fiera de un león.

¡Cómo brillarían los ojos claros de la amada en la negrura de las noches! Y junto al lago, su figura recortada en un perfil de estatua, diseñaría sus líneas perfectas en el remanso ondulante de las aguas.

Sus manos de alabastro que él había visto juntarse en ademán de ruego en un abatimiento de palomas, sus brazos torneados que se elevaran más de una vez al cielo implorando la gracia de los dioses, cómo lo apretarían en un abrazo de lianas silvestres; cómo lo embriagarían de deseos...

Y aquellos labios que parecían hechos para el amor, cómo lo besarían y con qué ardor despertarían su pasión de fuego...

Pohuit-petl se encaminó de vuelta a la ciudad, espoleado por el recuerdo de la amada rubia como un día de sol...

Llegó a Tlaxcala el bizarro guerrero que no conocía derrotas...



Pero... Los tambores no resuenan en señal de victoria... ¿Dónde están los lugareños que no acuden a su paso? ¿Es que no saben que ha vuelto Pohuit-petl a reclamar el precio de su triunfo?

¿Qué ocurre en Tlaxcala...?

Pohuit-petl está desconcertado: algo le dice que ha acontecido una desgracia irreparable; algo le dice que el infortunio lo persigue.

El amor y el triunfo raras veces van juntos en la vida y Pohuit-petl lo sabe y se lo ha repetido más de una vez en su camino de regreso.

Pero, ¿a qué pensar en desdichas, a qué entristecerse cuando todo debe ser alegría en torno suyo?

Pohuit-petl marcha a palacio, allí sabrá la verdad de aquel inexplicable desasosiego, de aquel mutismo de los habitantes de Tlaxcala. Y cuando llegue, después que se hayan disipado sus dudas y sus temores, contará a la bella Iztaccihuatl sus tenebrosos presentimientos y los dos reirán juntos, gozosos de saberse jóvenes y de amarse intensamente.

El Señor de Tlaxcala lo mira largamente, hay una huella imborrable de lágrimas a lo largo de sus mejillas y un profundo dolor en el fondo de sus pupilas negras.

No se dicen nada, un horrible silencio los une y los dos se comprenden y en un gesto de desaliento supremo se contemplan absortos en su desgracia.

Pohuit-petl quiere ensayar una pregunta, pero teme la respuesta. Ya la ha adivinado en los ojos del Señor de Tlaxcala y bien sabe que cada una de las palabras del anciano han de desgarrarle el corazón.



—¿Dónde está ella...? —musita más que dice.

El Señor de Tlaxcala lo lleva de la mano hasta la cripta de piedra en donde reposa, sumida en un sueño eterno, la virgen de cera.

Pohuit-petl cae de rodillas, no puede decir lo que siente; un sollozo que pugna por salirse del pecho lo destroza y le ahoga.

—Pohuit-petl, la muerte te la llevó. Ella te esperaba y bien sabes que yo habría cumplido con gusto mi promesa. Pero los dioses no han querido que fuera tuya... El destino ha segado el capullo de su juventud... Pohuit-petl, ella te aguardaba...

Pero Pohuit-petl ya no entiende nada de lo que dice el anciano.

Quiere que lo dejen solo con su dolor y con su muerte.

Las horas transcurren y ya el Señor de Tlaxcala ha abandonado el recinto funerario, donde aun continúa Pohuit-petl, adorando y contemplando a la novia, dormida.

La noche envuelve con su pesado manto de azabache la comarca.

Pohuit-petl, en un esfuerzo supremo, levanta las montañas con sus brazos guerreros en un gesto de desafío a los cielos y tomando cuidadosamente el cuerpo de su muerte lo deposita sobre aquel imponente lecho como en un santuario y se arrodilla frente a él con su tea encendida, para velar su sueño.

Desde entonces, Popocatépetl e Iztaccihuatl se elevan soberbios sobre las tierras mejicanas.



El amante de bronce y la doncella pálida han encontrado sus destinos en la grandeza inquebrantable de la montaña.

Malinche, la hija que no tuvieron pero que les nació de la tierra por milagro, se levanta cercana como si no quisiera escapar a la vigilancia de los padres.

Hemos quedado en suspenso. La canción nos trae notas alegres. Habla de recuerdos amables y de besos robados al azar.

Iztaccihualtl y Popocatepetl continúan inmutables.

Hay un fondo de embrujo en los valles que trazan los caminos angostos, en el cielo estrellado, en los cocuyos que encienden sus lucecitas en el terciopelo de la noche.

Explicación didáctica de la leyenda

Las grandes empresas y las fabulosas hazañas ejecutadas por los héroes legendarios, han sido promovidas por las pasiones humanas, preferentemente. Y de todas las pasiones, por noble, por sincera, por grandiosa, el amor sobresale como estimulante y generador de actos trascendentales.

La primera obra realizada en la historia de los siglos, la tierra, fué debida a un acto colosal de amor divino que luego se desparramó por el mundo y constituyó la esencia de cada criatura.

Los seres fueron integrando el plantel de habitantes del planeta y se procrearon impulsados por un sentido de con-



servación de la especie, que les imponía impedir la extinción de la misma.

Pero el hombre estaba hecho a semejanza de Dios y la atracción sexual no podía ser despertada en él solamente por un apetito animal o carnal que lo hiciera descender al bruto. El deseo de prolongar su existencia en los hijos y de perdurar, de seguir viviendo a través de ellos, era ya de por sí una causa importante, pero no bastaba esto para mantener inalterables los lazos de unión entre los miembros de la familia.

Era imprescindible cimentar esta necesidad en un afecto que estrechara los vínculos sin formalismos y sin imposiciones.

El hombre era un ser superior y como tal, tenía sentimientos perfectamente desarrollados y definidos.

El amor nació de la superación espiritual del hombre y afirmó los puntales de la familia.

Y como el amor es la cualidad que más aproxima al ser humano a Dios, fué autor inmediato de hechos sorprendentes por sus magnitudes.

Así, no nos extraña escuchar narraciones en las cuales los lagos han tenido su origen en las lágrimas de doncellas enamoradas; en que la unión de dos ríos se ha debido al abrazo de dos hermanos; en que una montañía ha involucrado en su formación una pasión inextinguible.

Y ya en materia, refiriéndonos a la leyenda de "La mujer blanca", hallamos en ella este esfuerzo imponderable del amor.



Pohuit-petl junta las montañas para velar el sueño de la muerta, postrado de rodillas, y poco a poco se va confundiendo con la tierra, hasta quedar convertido en otra montaña.

Popocatépetl e Iztaccihuatl son amantes y están juntos y el sueño de amor que no pudieron vivir en la tierra lo cumplen en la muerte. Tienen una hija, Malinche, que quizás ignore la historia de sus padres y que transcurre su existencia alegremente, como una chiquilla.

Popocatépetl e Iztaccihuatl son los amantes de todas las épocas, que han alcanzado la inmortalidad en el mutismo de la montaña, que cual sepulcro inviolable guarda celosa el primer beso de amor que ellos nunca pudieron darse.

LA FLOR DE CEIBO

Tenía una voz dulce y plañidera como el murmullo de las hojas, lánguida y triste como un atardecer de invierno.

Sensitiva como toda mujer que lleva el corazón entre las manos, su visión de horizontes era un lejano querer perdido en el quebranto de una juventud pasada.

Y su canción de siempre, la canción de los que fueron, de los hombres de bronce que se esfumaron como formas imprecisas y que descendieron a la muerte sin una protesta, enmudecidos de asombro.

Su raza, la llevaba en su sangre y en sus ojos renegridos. Guaraní fué su padre y de él aprendió el nombre de las aves y de los seres que poblaban la selva. De él aprendió el grito triunfal en la batalla y a amar a su tierra como propia, y a defenderla con el brazo y con la vida frente al enemigo y al invasor.

Guaraní fué su madre y de ella aprendió a modular la melodía más delicada y más sutil. De ella aprendió a ser silenciosa y taciturna...



Por herencia fué reina y se llamó Anahí. Un nombre tierno y suave como su recuerdo.

Un nombre que contrastaba con su espantosa fealdad, con su rostro hiriente de rasgos asimétricos.

Un nombre que hablaba de su espiritualidad y de su sufrimiento.

Anahí, la reina indígena, vivía contenta entre los suyos.

Sus guerreros eran bravos y fieles servidores en todo momento y ella se sentía dueña de cuanto la rodeaba, adorada hasta el sacrificio.

Y así pasaba su existencia, sin mayores alarmas, feliz, si la felicidad se encuentra en la tranquilidad.

Alguna que otra guerra librada con las tribus vecinas, interrumpía la monotonía y el sosiego para caer luego en la misma rutina.

Y aconteció que andando los días, arribaron a las playas litorales, hombres de rostros pálidos y de pupilas azules como los cielos.

¿Quiénes eran esos extraños visitantes que avistara Yupacaní, oculto entre los árboles? ¿Qué ocurría en sus dominios? ¿Vendrían en son de paz o de guerra?...

Bien pronto lo supo Anahí. Los hombres blancos afrosaron la tribu y la tomaron prisionera.

Cientos de doncellas temblorosas compartieron con ella el infamante cautiverio.

Ya nada quedaba de lo que fuera su pueblo, hasta la tierra se la habían arrebatado.



Muchas noches de insomnio pasó Anahí observando a su centinela. Si aquel hombre que guardaba las puertas de su prisión se durmiera tan sólo por un instante, ella podría huir a la selva y constituir su ejército nuevamente con los pocos indios que escaparan a la masacre.

Coraje no le faltaba y estaba bien segura que a ellos tampoco habría de intimidarles la diferencia de número en la lucha.

Llegó la oportunidad, el soldado vencido por el sueño cabeceaba sentado frente a la tienda. Anahí se deslizó con suavidad y sin ser notada ganó la salida de la prisión.

El centinela se estremeció en el sueño y la desventurada reina, creyendo haber sido sorprendida en su fuga, clavó su puñal indio en el pecho del hombre que se desplomó inerte, pero con un grito que atronó desgarrador y despertó a los españoles.

—La reina indígena lo ha matado.

La indignación de los invasores era manifiesta.

—Que su vida responda por la de nuestro compañero clamaban los soldados.

—Queremos que esta muerte se castigue para escarmiento de los indios...

El Capitán que comandaba el grupo impuso orden.

—Así será, por voluntad del rey que cumpliremos en tierras de América,

Condenada a morir en la hoguera, Anahí marchó al suplicio sin dejar escapar una queja y sin implorar un perdón que no le hubieran concedido.



Cuando su cuerpo fué atado al tronco que habría de servirle de púntal en medio de las llamas, una sonrisa se dibujó en sus labios. La libertad la esperaba detrás de la vida y ella iba a su encuentro, anhelante, coronada de martirios.

El fuego lamió sus pies y ascendió por sus vestidos con la voracidad de sus mil bocas.

La cabeza de la india, embellecida por el dolor, se dobló sobre el hombro calcinado. Y a medida que las llamas se elevaban, el cuerpo de Anahí se iba confundiendo con el tronco.

Se apagó la hoguera y los brazos de la reina transformados en ramas se cubrieron de hojas verdes.

Los españoles estaban espantados.

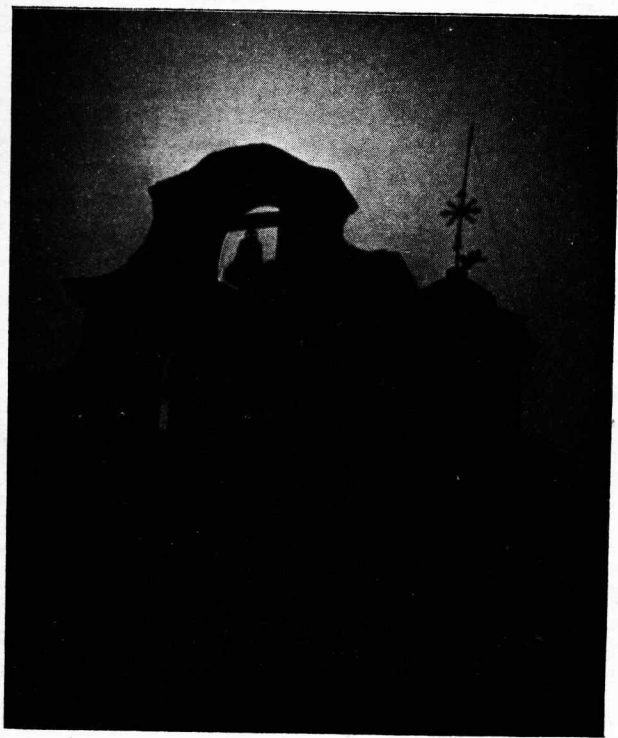
¿Era un milagro aquella mujer convertida en árbol, que operaba en las selvas vírgenes?...

Dios no estaba conforme con los designios de los hombres y aquello era una prueba evidente de la desaprobación divina.

Ya no podían presenciar el espectáculo grandioso que se ofrecía ante ellos, y despavoridos, huyeron al campamento.

Al clarear el alba, los primeros rayos de sol sorprendieron un corazón palpitante sobre la copa del árbol y cuando el viento agitó las hojas, aquel corazón pequeño se multiplicó en otros más diminutos.

Desde esa mañana del pasado, Anahí florece todos los años y ofrenda sus corazones sangrantes en rojos racimos de terciopelo.



2. Campanario de la casa del Virrey Liniers, en Alta Gracia, en cuyos muros se afirma el ramaje del rosal de las rosas rojas.

*Explicación didáctica de la leyenda*

La flor de ceibo, consagrada como flor nacional por su arraigo nativo, es la reencarnación de cuanto de noble y generoso haya habitado el suelo de América.

Sencilla como la reina Anahí, guarda de aquélla su infinita tristeza que se diluye en la mañana, cuando la brisa entona su arrullo de canciones entre las ramas de los árboles y lleva en sí, como un estilete clavado, el quebranto de una raza sometida por el invasor.

Indómita, con el gesto de fiera y la altivez de la india guaraní, adora la libertad que en otros tiempos gozara la mujer de dulce voz en sus posesiones del litoral y que ahora ha recuperado en su condición de flor. Por ello, su peciolo demasiado delgado no permite que se la esclavice sobre ningún pecho humano.

Símbolo elocuente de hidalguía y de castidad, no sólo recuerda la raza desaparecida, sino que exalta sus valores.

Su perfume tenue y poco ostensible, es la representación más acertada del heroísmo y de la constancia. Flor de veneración, palpitante de sangre ardiente y bravía, lleva encerrado en su corola, el suplicio de la reina indígena, de la virgen negra que se redimió en el martirio.

El alma rebelde y pura de la india revive en esta flor, que en su soledad canta a los que supieron morir sin formular protestas.

La flor del ceibo es la hermosa prolongación de una vida torturada, llena de bondad y de sacrificio y de acendrada valentía.

EL TIMBO

Mentira le parecía al viejo cacique tener entre sus brazos de acero bruñidos al sol de muchos veranos, el cuerpecito moreno de aquel pimpollo recién asomado a la vida.

Muchos hijos le habían dado las indias que fueran sus compañeras y otros tantos guerreros habían demostrado en las luchas el coraje que únicamente podía otorgarles su sangre de esforzado y temerario, circulando fogosa por sus venas.

Pero ninguna india le había dado la satisfacción de tener una hija.

Esta era la primera. Pequeñita, con unos ojos negros, grandes, inmensos y unas manecitas que agitaba inquietamente como buscando algo inalcanzable en el aire.

El viejo cacique reía de contento mientras la madre, en un rincón del toldo, parecía ocultar la vergüenza de haber dado al mundo una niña en lugar de un varón, que con el correr del tiempo fuera un baluarte más para la tribu.

—Esta hija alegrará mi vejez y no permitiré que se separe nunca de mi lado —había dicho el cacique, después de apre-



tarla contra su cuerpo de tronco añoso en un arrebató de cariño.

Y la niña le había tendido los bracitos menudos en un ademán inconsciente, resguardando su debilidad en la protección de los brazos varoniles. Esto lo había ganado del todo.

El indio de cabellos nevados necesitaba un afecto profundo en donde refugiar sus últimos años.

Sus hijos, en los toldos cercanos, enseñaban a sus pequeños el secreto del manejo de las armas y el grito de victoria en el combate, como en otras épocas él lo hiciera. Ahora eran guerreros respetables que sumaban muchas glorias a las ya ganadas por sus antepasados.

El padre siempre era objeto de veneración y respeto y todos amaban al cacique que llevaba sobre sus espaldas el peso de muchos inviernos.

Pero más de una vez se había sentido solo, rodeado de sus mujeres y de sus súbditos leales hasta la muerte, pero que no alcanzaban a comprenderlo.

Esta hija que Tupá le entregara en su vejez, era como un remanso donde él iría a abreviar su sed de ternura y a dejar mucho de aquel amor paternal que le naciera a su contacto.

—Criadela para mi felicidad —le había dicho a la india, que ahora contemplaba el retoño con una dulzura infinita.

—¿No te importa que sea una mujer, viejo cacique...?

—Ya la venía aguardando durante muchas lunas...

La indiecita se hizo grande al fin y la noticia de su



renombrada belleza cundió por los alrededores rápidamente, más rápidamente de lo que hubiera deseado el padre que la veía anhelada por todos los hombres de la tribu.

Un indio joven, heredero del mando en su aldea, sabedor de la hermosura que atesoraba el rostro de la doncella, marchó a su encuentro, decidido a conquistarla con su palabra cálida y su porte inconfundible de hijo de la selva.

La halló mientras cazaba, en un claro de la espesa maraña.

Recogía frutos maduros y sus brazos estaban cargados de flores silvestres.

Detuvo su paso el indio y su arco se aflojó en símbolo de paz.

Quedaron frente a frente; la indiecita sorprendida del encuentro; él, admirado de su belleza.

¿Qué se dijeron en aquella mañana de verano, en que la floresta borracha de sol y de lujuriosos colores parecía invitar al amor, movida por una tenue brisa?

Lo cierto es que se tomaron de las manos como grandes amigos y se sentaron al pie de un árbol.

El árbol extendió su copa en un remolino de hojas sobre los amantes.

Los dos pertenecían a la selva, pero las leyes de sus tribus eran muy distintas. Obedecerlas, hubiera sido contrariar sus sentimientos nacientes que surgían con visos marcados de pasión incontenible. El llamado del amor era más poderoso que la noción de la obligación para con los suyos.

El indio tendió su arco en ademán de rebeldía, pero la



mano de ella lo contuvo y la flecha rodó por el suelo con un sonido de rama seca.

Después, le señaló la selva; allí no había leyes que acatar más que aquellas que marca la naturaleza.

Y los dos, tomados de la mano, se alejaron por la espesura perdiéndose en ella, hasta quedar convertidos en dos puntos confundidos entre las primeras sombras de la noche.

El árbol cerró los limbos de sus hojas y se quedó dormido.

El viejo cacique destacó chasques a todas las poblaciones vecinas.

—Decid que declararé la guerra a la tribu que teniendo a mi hija, no me la devuelva —había recomendado el jefe a los mismos.

Pero aquéllos volvieron sin más noticias que la que le diera el cacique de la tribu vecina, dolorido como él por la partida de su hijo.

Los dos habían huído juntos, no cabía duda alguna, pero el cacique tenía la convicción de que encontraría a su hija. Ella habría de volver traída por su amor de padre y él estaría siempre dispuesto a recibirla.

Iría a la selva y se internaría en ella hasta hallarla.

Su pie sería infatigable y su resistencia se trocaría en fortaleza ante los embates del peligro.

Marchó una tarde el cacique, seguido de sus servidores y vagó muchas lunas llamando a la hija, unas veces con cariño, otras con desesperación, pero nunca con desfallecimiento porque su amor de padre era inquebrantable.



Su oído pegado a la tierra creía adivinar en cada pisada la planta de la indiecita y cuando sus labios se despegaban para nombrarla, sus indios lo miraban con lástima, moviendo la cabeza en una negativa que se clavaba en el corazón del hombre.

Los días ateridos del invierno dejaron al descubierto los desnudos esqueletos de los árboles y los indios manifestaron a su jefe la necesidad de volver a la tribu, abandonando la búsqueda de la doncella que ya no habría de retornar.

El viejo cacique se negó a hacerlo.

—La seguiré buscando hasta que la encuentre; vosotros volved si así lo deseáis — había respondido con firmeza, y su oreja se había pegado a la tierra por milésima vez, con esa fe inmovible que lo animaba.

Todos retornaron a la población. El invierno era muy crudo en la selva y quedarse en ella hubiera sido demasiado arriesgado.

Todos retornaron menos el cacique que había enloquecido de dolor y de esperanza...

Cuando la primavera volcó sobre el crisol de la naturaleza sus gemas de colores, los indios volvieron en busca de su jefe.

Lo encontraron muerto, con la oreja pegada a la tierra, como auscultando el seno de la misma, en un intento de conocer el más allá por el camino que nos marca la materia.

Nada había corrompido sus carnes, ni el tiempo, ni las



alimañas y el viejo cacique había cerrado sus pupilas, con la visión de la hija desaparecida que no tardaría en reunirse con él en un mundo mejor.

Trabajo les costó a sus servidores separarlo de la tierra y sólo lo consiguieron cortando la oreja que había echado raíces en el medio fértil.

Y allí quedó aquel pedacito de su cuerpo, como en espera de llegar a escuchar el paso anhelado.

Y de aquella oreja nació un árbol, el timbó; frondoso, de hojas recortadas en profusión de lentejuelas, que al caer la tarde se pliegan sobre sus peciolos y se quedan dormidas.

Explicación didáctica de la leyenda

De todos los amores indudablemente el maternal es el más abnegado y duradero, pero eximido éste de comparación alguna y puestos los demás a consideración en cuanto a su intensidad e importancia, encontramos que el paternal, siguiendo en escala descendente al primero, ocupa un lugar de privilegio entre los restantes.

En elogio y consagración de este amor, la leyenda del timbó pone de relieve sus valores, contraponiendo sus sentimientos con los arrebatos pasionales de la juventud.

Dos edades sintetizan dos quererres distintos. La vejez, que ya ha recogido muchas espinas en el campo, hace de un carifio el objeto único de su vida; desaparecido éste por causas ajenas, después de agotados todos los recursos ten-



dientes a recuperar al ser amado, piensa en morir y sucumbe como una cosa lógica, pero, eso sí, empeñado en su búsqueda infructuosa.

La juventud aun no sabe de escollos y es un capullo que recién asoma a la vida, anhelante de inquietudes, y está dispuesta a entregar lo mejor de sí misma a cambio de una palabra enternecedora o de una sonrisa.

Despertado el amor entre los sexos opuestos, no conoce vallas ni más lazos de unión que aquellos nacidos del sentimiento que aflora. Es la ley natural y se cumple invariablemente en todas las edades desde que la tierra fué planeta habitado.

El cacique no repara en sacrificios en beneficio de la hija a quien adora y su pena se trueca en desconsuelo cuando aquélla huye arrebatada por su pasión.

Se interna en la selva y allí queda hasta que la muerte lo sorprende en su ciego deseo de hallarla.

La hija no acude al llamado del padre y acaso ni siquiera alcance a oírlo, aprisionada entre los brazos del indio.

Atrás ha quedado la casa y la familia, pero el nuevo vínculo es más fuerte que ninguno para ella.

El padre la esperará por el resto de sus días sin borrarla de su mente nunca; la hija ha olvidado toda su dedicación y su ternura en un instante.

La leyenda indígena, interpretando fielmente estos dos carifios, reencarna al anciano cacique en el timbó, conocido también entre la gente que habita las barrancas del río Paraná, a causa de sus frutas que son unas bayas os-



curas, con el nombre de "Oreja de negro", para darle a su empeñosa búsqueda el carácter de perdurabilidad que requiere.

Las orejas de negro, cada año se desprenden del árbol para apoyarse en el suelo y escuchar las pisadas lejanas, tratando de distinguir entre ellas las de la hija que no volverá.

EL ROSAL DEL VIRREY LINIERS

Hay en Alta Gracia, ciudad de la provincia de Córdoba, una casa que ha sido declarada monumento nacional por sus aquilatados valores y que encierra la preciosa historia de una vida arriesgada, consagrada por entero a un ideal.

La mansión del virrey Liniers, en donde el intrépido héroe de la Reconquista pasara sus últimos días, es en el presente motivo de la curiosidad de cuanto veraneante concurre a la ciudad mencionada en busca de sosiego y de aire puro con que sacudir el cansancio de las tareas del año.

Actualmente pertenece a una familia que la tiene en su poder desde hace aproximadamente ciento cincuenta años. Legada a través de varias generaciones, se conserva, salvo pequeñas modificaciones, tal como era trescientos años atrás cuando se la construyó. Nadie ha violado los secretos magníficos de la soberbia mansión y al entrar en ella, multitud de fantasmas imprimen sus figuras sin contornos en las retinas, surgidas de aquellas amplias galerías desgastadas por efecto del tiempo, de aquellas escaleras socavadas en estre-



chos y oscuros rincones que llevan al tejado o a la iglesia con la cual se comunican.

Por una gentileza de la dueña de casa, logramos apreciar de cerca sus bellezas y recorrerla en su grandeza señorial. Vienen con nosotros, en calidad de cicerones, una niña de unos diecisiete años que sonríe constantemente, mostrando una carita alegre y despreocupada, y un muchacho alto que se desvive por desentrañar los misterios que encierra la casa. Algo ha conquistado ya, pues en las vecindades ha hallado la cabeza de un marino modelada en yeso y nos la muestra con visible orgullo, colocada sobre una cómoda que perteneciera al desventurado virrey.

Echamos a andar por la galería y descendemos al jardín. El perfume de los jazmines nos ha atraído, y el verde, salpicado de rojos y amarillos, de las plantas, nos ha hecho llegar su llamado de vida que retumba en las paredes de piedra.

Allí está el famoso rosal de Liniers que desde la muerte del héroe llora sangre por sus rosas rojas.

—Antes del fusilamiento de Liniers —nos explica el joven— estas flores eran blancas. Después se tifieron de rojo y han seguido floreciendo de ese color.

—Claro —nos añade— que esto es según el decir de la gente, porque la verdad es otra muy distinta. Este rosal, no fué plantado por el virrey sino...

Con el gesto le rogamos silencio, no queremos saber la realidad; la leyenda nos seduce y ansiamos dejar vagar la imaginación y encontrar en nuestras mismas palabras elemento suficiente para el ensueño.



—Cuando el Virrey Liniers se propuso defender la causa de España en América, el rosal que cuidaron sus manos con esmero, atesoraba en su savia muchos pimpollos de nieve.

Me sorprende de sentirme relatar a mí misma un hecho que ya conozco y que todos los reunidos allí, conocen igualmente; pero prosigo. Hay algo en mí que me incita a hacerlo y, además, mis compañeros me están escuchando, como si por primera vez sintieran contar la historia.

—Y ya apuntaban en los brotes lozanos, adormecidas las alas de alabastro entre los largos pétalos, cuando el héroe fué hecho prisionero.

Mi voz tiene un timbre extraño y resuena en el ambiente, como si viniera del más allá.

—Bien pronto, la noticia de la muerte de Liniers fué una triste realidad en toda la provincia. La palabra clamor se extendió por América como un puño levantado contra la injusticia.

—La aurora sonrió en el cielo de un nuevo despertar y besó las corolas de nieve de las rosas con un beso de sangre.

Mi auditorio está pendiente de mis labios. Continúo...

—Perdido, para siempre el virrey, quedaron en la vetusta mansión solariega, las hijas y el rosal de flores rojas. Ya nunca más lucirían su blancura inmaculada los pétalos. El amanecer estaba bañado en sangre y el héroe había volado al cielo llevándose una rosa blanca en el corazón y otra en el alma.

—Vean ustedes esta puerta simulada. —El jovencito me interrumpe arrancándome de mi abstracción.



—En vida de mi abuelo esta puerta se echó abajo, pero luego se volvió inmediatamente a reynocar.

Todos sin excepción tocamos la puerta simulada en el cemento. Cuentan que existe un túnel que comunica con la ciudad de Córdoba, y cada uno de nosotros parece haberlo descubierto en el sonido hueco que contesta al golpe de nuestros nudillos.

Salimos del jardín, no sin antes mirar por última vez el rosar de la leyenda, y subimos al campanario.

—Por esta escalera descendían los monjes jesuitas hasta el Tajamar —nos dice el muchacho, señalándonos una parte del edificio que comunica con el amplio mirador.

Nos detenemos en muda contemplación y sumidos en esa madeja insoluble que es nuestra fantasía, nos parece, en la quietud de la tarde, ver descender austeros monjes, embozados en sus capuchones, por la escalinata de ladrillos, y perderse como sombras en el disco de cristal de las aguas tranquilas que conservan el secreto de los toscos sayales y de la misteriosa casa de Liniers.

La hora ha avanzado sobre el horizonte que se vislumbra como una línea oscura e imprecisa.

Nos marchamos de la augusta mansión y distanciados la admiramos en su rigidez de líneas, enclavada en lo alto, dominadora con su iglesia; a su frente el Tajamar, a un costado la playa, al fondo la Casa de Ejercicios y a lo lejos, la visión ondulante de las sierras sepultadas entre tinieblas.

Suenan, las campanas llamando a oración.

Una sombra se ha deslizado por detrás de nosotros y,



sin ser vista, aunque sí presentida por todos, se ha llegado hasta la iglesia y ha penetrado en ella.

—Es la sombra de Liniers —digo sentenciosamente.

—Lleva las manos cargadas de rosas blancas de un perfume delicadísimo...

—Serán para la virgen de las Mercedes...

Estamos soñando y hablando en voz alta sin importarnos la cara de asombro que pone la gente que se cruza con nosotros.

Después de todo, somos poetas, y a qué decir más. Una casa, un rosal y un paisaje hermoso nos brindan material para un poema y para poblar el alma de recuerdos.

Elemento didáctico para la explicación de la leyenda

La leyenda del rosal de Liniers pertenece al grupo de versiones que han sido aportadas por la concepción popular en las postrimerías del siglo pasado y principios de éste.

A causa de ello, su arquitectura no resiste como otras narraciones más antiguas, el análisis frío, encarado desde un punto de vista comparativo con los hechos reales.

El fusilamiento del héroe, encontró resonancia en la gente del pueblo que reconocía en Liniers al defensor de la patria durante las invasiones inglesas. Lo extremo de la medida y la coincidencia de las iniciales de los apellidos de los condenados, que unidas formaron la palabra Clamor, debió influir grandemente en la creación de esta leyenda nacida en la vieja Córdoba, donde el hombre por voluntad de la



naturaleza está en contacto directo con Dios y pone en libertad su pensamiento que no encuentra más que inmensidad y cielo encerrado entre las montañas para satisfacer su anhelo de altura.

La circunstancia de que el rosal plantado o simplemente cuidado por Liniers, haya dado flores rojas ese año en lugar de blancas, ha permitido a la gente dar visos de milagro al acontecimiento y respaldar la concepción en la realidad visible para todos, ya que el rosal existe aún.

Pero yendo a la matriz de los hechos, arribamos a conclusiones que nos destruyen totalmente el castillo que habíamos construido. El rosal de flores rojas ha sido plantado no hace muchos años por un miembro de la familia que habita la casa. El muchacho que nos ha acompañado en nuestra visita nos aclara que su padre fué el autor de esa plantación.

El rosal de flores blancas era otro y se secó. Estaba en el mismo lugar que el que hemos admirado.

De forma que del rosál de Liniers lo único que queda es la leyenda.

La predisposición a todo cuanto sea romántico o la sola necesidad de alimentar el espíritu con cosas superiores y sutiles, ha hecho que las personas consideren los dos rosales como uno solo.

Por otra parte, la conciencia popular dejaba así definido el símbolo con el que marcaba el hecho de una injusticia, sobre la cual el veredicto de la historia caería luego dando la razón a lo que, por propias vías, ya lo había intuido el pueblo: el inútil sacrificio de una vida preciosa.

LA QUENA

—Del otro lado de la montaña han de venir los enemigos que sembrarán la desolación y la muerte en nuestras tierras...

—Calla, hechicero, no predigas el mal. Mi espíritu está lleno de gozo y no puede admitir tus vaticinios siniestros.

—La mañana que ilumine tus bodas se teñirá de sangre y tu dulce prometida habrá de desposarse con la muerte.

—No prosigas, hechicero; tus profecías son falsas. Los dioses me la han señalado por esposa y no habrán de quitármela.

—Ellos no te la llevarán, mi señor; la muerte te la arrancará de los brazos.

—Vete, vete pronto, hechicero. No quiero escuchar tus palabras que amargan.

—Está bien, mi señor, pero recuerda que lo que te digo ha de cumplirse. Arrójame si quieres de tu toldo. El destino está escrito allá arriba... No lo olvides, cacique...

Y el hechicero, con un gesto de triunfo, salió de la tien-



da, en tanto el joven cacique, consternado, se entregaba a sus pensamientos funestos.

La muerte se la arrebataría, había dicho el brujo. Mas, aquello no podría suceder jamás. Allí estaba él para defenderla de cuanto mal imaginable pudiera atacarla. Su brazo era potente y no le faltaba valentía para disputársela aun a lo desconocido.

Además, en caso de que el desenlace predicho fuera un hecho, él tenía un puñal de hoja afilada que lo libraría de la desesperación de seguir viviendo sin ella.

¿Y a qué pensar en todas estas cosas, si el amor anidaba en ellos y los unía por sobre todo, haciéndoles ver la realidad de un lazo indisoluble que no tardaría en estrecharlos para siempre?

El joven cacique se incorporó lentamente. La imagen de la prometida iba cobrando formas en su mente y se hacía cada vez más preciosa y más clara.

La belleza candorosa y reposada del rostro amado se le subía a los ojos y se quedaba en ellos como único punto de mira.

Seguramente, la indiecita estaría en el valle cercano recogiendo frutos o flores para ofrendarlos a Pacha-Mama a cambio de algún milagro.

El iría a buscarla. Necesitaba verla cuanto antes, tomar sus manecitas y apretarlas mucho, mucho, para sentirlas más suyas; besar su cara encendida de arboles, y reposar la cabeza rendida sobre su pecho, y estrecharla luego fuertemente contra su cuerpo hasta confundir en un sonido acorde los latidos de sus corazones.



Y ya partía en su busca el cacique, cuando el redoble de los tambores y la gritería de los indios paralizaron sus movimientos.

—Señor, las tribus enemigas se acercan...

El indio que le traía la noticia estaba demudado. Conocía la crueldad de aquella verdadera horda salvaje que sembraba la desolación y la muerte a su paso.

Pocos sobrevivirían a la refriega. Ellos constituían un pueblo pacífico y vivían de lo que les brindaba buenamente la tierra. Su cacique, aquel hombre joven, soñador incurable por naturaleza, nunca los había guiado a la guerra sino por obligación, y esto, muy de tarde en tarde.

Los dioses habían sido muy benévolos con ellos y jamás fué preciso apoderarse de lo ajeno para llenar sus necesidades primordiales.

La codicia no había tenido albergue en sus pechos y el afán de extender los dominios jamás fué concebido.

El altiplano era inmenso y los ojos abarcaban la comba del cielo sobre la tierra y se regustaban en mirarla en tanto el pensamiento la consideraba como el límite admisible de sus posesiones.

Además, con sólo subir a la montaña y contemplar los valles desde la altura, era suficiente para sentirse poderosos y libres como el cóndor, con las alas desplegadas en un vuelo sin contornos.

Pero el enemigo tenía sed de poder y no se contentaba con lo suyo; quería, ansiaba todo lo que se le presentaba a su alrededor y utilizaba cualquier medio con tal de conseguir su objeto.



—Tomad vuestras armas y preparaos a luchar hasta vencer, o hasta morir... —dijo él cacique con cierta tristeza.

Le dolía llevar a su gente a la tumba y él estaba seguro de que así sucedería, no por falta de valor, sino porque sus hombres eran extremadamente buenos y no estaban habituados a esos encuentros imprevistos.

—Mi señor, nuestra existencia será una hoja seca que se lleve el viento con tal de salvaros y de librar a nuestras mujeres del cautiverio del enemigo.

Las mujeres... Esas solas palabras resonaron en los oídos del cacique. Las mujeres cautivas; maltratadas y atormentadas, sirviendo a sus propias hermanas en las tribus victoriosas.

Su prometida, por su condición de tal, quizá fuera a compartir el toldo del cacique, con otras indias.

Era forzoso luchar, y luchar hasta vencer para impedir semejante desgracia.

—Esconded las mujeres en lugares seguros para que no puedan ser halladas y menos aún alcanzadas por las flechas...

—Así se hará, mi Señor...

El cacique quedó pensando en su prometida. Tal vez hubiera vuelto del valle atemorizada por los ruidos y la confusión de la aldea.

Mas... ¿Y si desorientada por este acontecimiento imprevisto hubiera quedado sola entre las montañas, librada a una suerte desconocida?

La duda agujoneaba el corazón del hombre. Él debía que-



dar con los suyos, su deber le obligaba a permanecer en el pueblo sin salir de sus límites por un sólo momento.

El amor lo impulsaba a lanzarse en busca del ser querido y la voz del amor acalló la del deber que le imponía, en su condición de cacique, el despego absoluto de todo sentimiento propio.

Partió hacia el valle mientras sus indios se aprestaban a responder al ataque. Mas, al trasponer los últimos toldos, la gritería del invasor resonó atronadora. Se detuvo el cacique y su paso inseguro lo guió hasta el centro del pueblo. El amor había quedado allá, custodiado por la Pacha-Mama y a ella se lo confiaba.

Largas fueron las horas de la lid, pero provechosas para ellos.

El más completo de los triunfos presentaba su mejor testimonio en los innumerables prisioneros que yacían, fuertemente atados, en el suelo del toldo que les servía de celda.

Las gentes de la tribu reían y bailaban desbordando su alegría en manifestaciones diversas.

El licor acicateaba el entusiasmo y reparaba momentáneamente las fuerzas, hasta que, rendidos al fin los bailarines, caían pesadamente en el terreno y quedaban dormidos.

El joven cacique no participaba de la fiesta, su espíritu estaba sobrecogido. Su prometida no aparecía por ninguna parte y nadie daba cuenta de ella.

En el valle cercano la habían visto al caer de la tarde, pero desde aquel instante todos desconocían su paradero y no podían dar referencias sobre la indiecita.



Muchos fueron los indios que trataron de encontrarla, pero ninguno, a su regreso, pudo aclarar el misterio de tan espantosa ausencia.

Pasó aquel día y llegó el siguiente... El cacique no había pegado los ojos en toda la noche. No podía dormir. El rostro de la prometida no se apartaba de sus pupilas desmesuradamente abiertas.

—Señor, yo he hallado a la mujer que tú quieres...

—¿Dónde está? ¡Dime pronto!...

—Detrás de la sierra grande, mi Señor... Pacha-Mama la cuida y no permite que nadie se acerque a ella, porque tu prometida, Señor, está dormida sobre las peñas del arroyo...

El indio hablaba pausadamente, como si quisiera retardar la angustia que inevitablemente producirían sus frases.

—Señor, yo te la hubiera traído, pero temí manchar su pureza de lirio con el roce de mis manos...

—Yo te agradezco tu empeño y tu lealtad, fiel servidor. Pero ahora vete, déjame solo. Yo he de ir hasta el valle y Pacha-Mama ha de dármele porque se lo he de rogar tanto, que no ha de poder negarme a mi prometida...

El joven cacique se marchó a la sierra y en lo profundo del valle, en el lugar señalado por el indio, encontró el cuerpo exánime de la amada.

Postró su rodilla en tierra y musitó una plegaria. Una lágrima se desprendió de sus ojos y muchas otras, al seguir el camino de la primera, trazaron surcos en sus mejillas de cobre.



Allí mismo, junto al arroyo, cavó una fosa menos profunda que la que cavara el dolor en su corazón y después de besar la frente inmaculada depositó el cadáver de la prometida en el oscuro hueco.

En terrones menudos fué cayendo la tierra sobre el cuerpo, y cuando las formas ocultas eran apenas una leve insinuación de mujer, con gesto nervioso destapó las piernas morenas y con ayuda de su cuchillo arrancó una tibia de ellas.

La tierra siguió cayendo en lluvia tenue sobre la querida muerta, hasta ocultarla por completo.

Una tarde más agonizó sobre el occidente, y el frío de la noche extendió un cristal de hielo sobre la tumba.

El joven cacique aun estaba allí, inmóvil, como petrificado, con el despojo humano jugando entre sus dedos y entre sus labios ardientes.

¿Fué milagro de la Pacha-Mama lo que ocurrió esa noche o fué el gemido de la muerta que se quejaba desde su huesa? Ni él mismo lo supo acaso. Lo cierto es que, al besar la tibia, un sonido lúgubre de lamento se elevó hasta el cielo, penetrante, armonioso.

Siguió el cacique besando el hueso de la amada y la música compuesta por aquellos sonidos se extendió sonora por las cercanías.

Los indios que aguardaban a su cacique, en el pueblo, la oyeron de lejos, y presintiendo que no podría ser otro más que su jefe el que ejecutaba tan doliente melodía, se llegaron al valle y viendo su desesperación lo acompañaron en su dolor, fabricando con huesos y cañas, instrumentos pa-



recidos al que él tenía y arrancando de ellos las más angustiadadas notas.

Todas las noches volvía el cacique hasta la tumba para tocar junto a ella una nueva canción inspirada por la desesperanza. Y todas las noches los indios lo seguían, cabizbajos, hasta el rincón sagrado donde hacían sonar sus quenas tristemente.

Pasó esa generación y vinieron otras a poblar el altiplano.

La historia de la prometida del cacique quedó sepultada en el valle y sólo algún abuelo haciendo un esfuerzo de memoria logró hilvararla entre tropiezos, para contarla a los nietos, mientras los labios infantiles tocaban la quena.

Pero si la india, siguiendo su sino, debió eclipsarse entre las innumerables estrellas del cielo austral, su tibia convertida en una quena no habría de sucumbir por los siglos, y sería su mejor exponente de inmortalidad.

Explicación didáctica de la leyenda

Quien ha recorrido el norte argentino se habrá sentido impresionado por esa especie de lamento que produce la quena.

Su sonido agudo y dolorido es un reflejo acertado de la tristeza del hombre del altiplano.

Fácil de fabricar —ya que está hecha de una simple caña—, sencilla en su manejo, sólo requiere que el alma



del que la toca le haga desprender de sí, las más melancólicas composiciones musicales.

Vale decir, que primeramente se debe tener el espíritu pre-dispuesto y lleno de congoja, para que el pequeño instrumento colme de notas sentidas el ambiente.

El músico debe vivir una tragedia interior, la misma o por lo menos aproximada a la que experimentó el joven cacique que perdió a su prometida, y realmente la vive, en el medio apacible y arisco que le mezquina el aliento y lo absorbe poco a poco, hasta convertirlo en un algo más de todo ese mundo de cosas petrificadas y adherirlo a la tierra con la fuerza de la savia que quiere volver a su seno.

La quena es la compañera ideal en los momentos de soledad. La montaña se hace menos hermética y menos impresionante cuando se la tiene entre los labios; los caminos son menos escarpados y el rigor de lo circundante es un accidente salvaje.

De allí que la leyenda de la quena sea una resultante de sus atributos particulares.

La primitiva tibia de mujer no olvida su condición de amante y lo sigue al hombre en sus andanzas, sin abandonarlo jamás.

Su lamento es el llanto del compañero incomprendido, de la existencia que transcurre en la monotonía de un paisaje que se escapa de los ojos, del ser que se convierte en víctima apacible del destino... Su lamento es el llanto que no abrevó la tierra, pero que anegó el alma del hombre del altiplano.

EL VIENTO

¡Con cuánto entusiasmo se ensayaba Curupí en el manejo de las armas y qué destreza revelaba en ello!

El arco tenso en magnífico paréntesis, lanzaba las flechas de palo duro más allá de los montes de palmeras, y el pesado mazo con el cual se destroza el cráneo de los enemigos en las lides, era levantado por su brazo potente y descargado luego en recio golpe sobre la tierra, con un sonido hueco, sordo de resonancias.

Su ligereza en el movimiento era incomparable y el mancebo parecía siempre insatisfecho en su deseo de perfeccionamiento.

No habría de pasar mucho tiempo antes de que llegara el venturoso día en que, coronado por el éxito en las pruebas impuestas a los jóvenes de su edad, demostrara ante su tribu su habilidad y su condición innegable de guerrero.

Recién entonces se realizarían sus sueños en su integridad.

Y ya Curupí se veía aclamado por todos, radiante de felicidad, bebiendo con los suyos el licor que sólo liban los que



vuelven victoriosos del combate y traen consigo trofeos humanos.

La bellissima Oví, sentada al pie de un árbol, lo observaba con satisfacción creciente y, de vez en cuando, su grito de admiración interrumpía el ensayo del indio, que se volvía para agradecerle con una sonrisa la aprobación de su gesto.

Vuelto a su empeño, redoblado el esfuerzo por la presencia querida, la flecha era una sierpe que hendía el aire para perderse en un infinito de verdes y de azules.

Y ya cansado el brazo, el mancebo se dejaba caer junto a la indiecita.

Entonces comenzaba el recuento de hazafias pasadas y los proyectos se sucedían unos a otros sin interrupción.

El era un guerrero con el cuerpo cubierto de cicatrices que imponían respeto a sus compañeros y ella su cuña-carai que lo aguardaba a la entrada del bosque, con su negra cabellera adornada de flores...

Y los dos eran una sola alma para soñar y para amarse, para recorrer el mundo con una canción de esperanza en los labios...

—Oví, tú has de ser mía antes de que la luna ahogue su cara redonda en las aguas del río guazú.

Oví se quedaba pensativa. Era un imposible lo que ansiaba Curupí. Pero sus palabras le sabían a gloria y acariciaban sus oídos.

—Oví, tú has de ser mía antes de que el otoño sacuda las ramas de los árboles y los desnude de hojas.



Oví no respondía nada. Bien sabía ella que su enamorado era aún demasiado joven para aspirar a tener su cuña-caraf y por otra parte, tampoco ella había rendido las pruebas que delimitaban el paso de la pubertad entre las mujeres de su tribu.

Pero había tal ardor y tanta pasión en las frases del indio, que, sin quererlo, su cabecita se reclinaba sobre el hombro varonil y sus manos, buscando las de Curupí, se entrelazaban con ellas trémulas de afecto.

—Oví, levantaré mi toldo cerca del remanso para que tú puedas ir todas las mañanas a mirarte en las aguas y para que en ellas recojas durante mi ausencia, el mensaje que te mandaré todos los días desde el bosque.

—Las flores que tú veas flotando, medidas suavemente en un vaivén de ondas, serán los besos que no he podido darte y que te envío por el río guazú.

Oví lo escuchaba extasiada.

—¡Oh! Curupí, nuestros deseos no han de verse cumplidos antes de que la primavera retorne a la selva.

—Mi amor no tiene espera, Oví, y no entiende de plazos.

—Debemos aguardar, Curupí; así lo exigen las leyes de nuestra tribu.

—Mi cariño hacia ti es inmenso. ¿No ves que me consumo en mi pasión? El tiempo se me antoja demasiado largo si no estás a mi lado.

—Los días pasarán como pasa el agua que se desliza por el cauce y llegará el momento en que Ará alumbre nuestra dicha con más esplendor que nunca.



—Calma esa loca pasión que me aterra, Curupí.

Y la hermosa Oví se distanciaba un tanto de su ferviente enamorado, como si quisiera poner una valla entre el fuego que ardía en el pecho del indio y su inocencia de doncella.

Ella no alcanzaba a comprender el frenesí y la embriaguez de aquel amor. Su adolescencia recién insinuada admitía únicamente la amistad entre ambos.

Curupí, para ella, era el camarada, el compañero bueno y preferido que hubiera deseado tener para toda su existencia.

Su candorosa imaginación no concebía ningún lazo más que el que une los espíritus en una comunión suprema.

—Deja que mis labios abreen su sed en los tuyos. Deja que mis brazos rodeen tu talle, Oví.

—El bosque está lleno de sombras y yo debo volver a la tribu. No ofendas mi juventud y mi pureza.

—Caarú se ha hecho para los amantes. No huyas de la oscuridad.

—Volvamos, Curupí; ya empieza a anochecer...

Y con las primeras estrellas Oví y Curupí tornaban a la tribu, con sus protestas y sus quejas enternecedoras.

El dolor hacía tiempo que venía presenciando sus entrevistas pero nunca se había llegado hasta ellos.

Una noche, tuvo más curiosidad de conocerlos de cerca. Curupí y Oví estaban sentados sobre un tronco caído, ajenos al mundo, diciéndose sus eternos arrullos de amor.

El dolor se aproximó sigilosamente, sin que pudiesen no-



tarlo. Y cuando estuvo al lado, la belleza de Oví lo impresionó y se prendó de ella. Tuvo celos de Curupí... unos celos horribles...

Poco tardó la peste, que asolara la región, en dar cuenta de las más hermosas flores de la tribu. Con el alba, todas aparecían tronchadas, segadas en plena primavera...

La graciosa Oví también fué atacada por el mal.

Curupí estaba desesperado y en su ansiedad por salvarla de la muerte, buscó cuanta hierba milagrosa había en el bosque, para ella.

Inútiles fueron los exorcismos y los bálsamos. Los más renombrados hechiceros clamaron a los dioses. Pero Tupá desoyó las imploraciones.

El dolor la quería para sí y Añang la arrebató a la vida para entregársela a Caarú. Era demasiado buena y delicada para seguir sobre la tierra.

Curupí derramó muchas lágrimas cuando la noche eterna se cernió sobre el rostro amado.

Y cuando el cuerpo dormido de Oví fué a reposar definitivamente sobre su lecho de musgos y flores, se negó a volver a la tribu y se lanzó al corazón de la selva.

Desde entonces vaga de un lado a otro, llamándola sin descanso, en cada árbol y en cada rama.

Su grito es un silbido prolongado que se adentra en los oídos, como una nota que se alargara en una sílaba que no logra pronunciarse.

¡Oví...! ¡Oví...! dice el viento. Y la llama con dulzura, como si con ello quisiera convencerla de la necesidad de su retorno a la vida.



Y la llama con desesperación, gritando iracundo en medio de la selva, sacudiendo la floresta, buscando a su prometida entre la enramada, hasta que vencido al fin, su voz se torna suave como un suspiro, o como una caricia...

¡Oví...! ¡Oví...!

¡Curupí...! —continúa clamando.

¡Oví...! ¡Oví...! ¡Curupí...!

Pero Oví está entre los brazos de Caarú y Caarú no se la devolverá jamás.

¡Oví...! ¡Oví...!

La busca sin desmayo, y su silbido se torna penetrante y se repite constantemente, porque su pena durará una eternidad.

El alma de Oví se esfumó silenciosamente con un leve plegarse de su diáfana corola.

¡Oví...! ¡Oví...!

¡Caarú no se la devolverá jamás!

Explicación didáctica de la leyenda

Todos los elementos naturales han tenido una explicación en la fantasía de los indígenas.

La necesidad imperiosa de vivir, ante la fatalidad de sucumbir a un medio hostil, persiguiendo la mejor manera de vencer o de amoldarse a él, hacía que los primitivos habitantes del suelo atribuyeran a ciertos fenómenos que no podían contrarrestar y que obedecían a leyes desconocidas para ellos, orígenes divinos.



Los ríos, el relámpago, el trueno, la lluvia, el viento, los astros tienen un comienzo si se quiere en la existencia del mundo y un porqué admitido como valedero. Alrededor de estos entes extraños la mente tejió la filigrana de las leyendas a fin de asignar una significación a las características de cada uno.

Una vez establecido el principio real y abordando a la versión que nos ocupa, tratemos ahora de aclarar su generación, la idiosincrasia de sus personajes y el impulso que los mueve en la escena.

Lógicamente el punto básico está cimentado en la atracción de los seres. Sobre el sentimiento amoroso se levantan los andamios formativos de la narración que encierra el final perseguido, el nacimiento de un elemento cualquiera, el viento en este caso, que tuvo un corazón de indio y que posiblemente aún lo conserva en su esencia.

Curupí y Oví desarrollan un romance en la versión, romance fracasado, porque es imprescindible que así lo sea para dar la impresión de inquebrantabilidad.

Curupí busca a Oví, a una mujer que se llama así porque el viento lo dice.

Cuando sopla en la selva, al filtrarse por entre las ramas y las hojas, su voz agudiza el sonido haciéndolo ciertamente sostenido y es fácil constatar la similitud que existe entre la pronunciación de la palabra Oví alargando la última sílaba y el silbido prolongado del viento. Ello debió impresionar a los naturales que creyeron adivinar un nombre de mujer en el gemido de Curupí.



Además, ¿qué otra cosa habría de buscar en la floresta de un país encantado y virgen con tanta insistencia el viento, sino una mujer amada, bonita y joven, revestida de los atractivos que brinda la muerte prematura?

Y sigamos con nuestro análisis. El viento no siempre conserva la misma intensidad, sino que se manifiesta en distintos grados.

Los amantes suelen ser apasionados y Curupí también lo es cuando sopla con violencia y, más aún, llega hasta la cólera en el huracán.

Pero los arrebatos tienen su sosiego y la calma se hace presente como una consecuencia de la impotencia. Curupí, entonces, es una brisa suave que acaricia y su voz murmura el nombre de Oví con dulzura.

Cada uno de los personajes y cada una de sus acciones tienen una razón de ser en la leyenda y resultan imprescindibles.

Sin la presencia de Oví no se explicaría el nudo inicial.

Sin la muerte de ella, la inmortalidad del amor y del viento.

LA YERBA MATE

Vivía alejado del mundo e ignorado de los mortales, sin más preocupación que su única hija que le dejara su mujer, fallecida muchos años atrás.

Y cuidaba de ella, con el celo de un avaro que custodia su tesoro. Porque, a la verdad, la niña estaba adornada de muchas prendas.

Graciosa y sencilla, con un candor de azucena, llenaba la existencia del anciano padre con sus juegos infantiles y sus risas inocentes.

Ocupada en los quehaceres cotidianos y en el arreglo de su pequeño jardincito, rara vez salía de la casa y cuando lo hacía, la mirada paternal la seguía vigilante en sus pasos.

—Si algún aventurero se llegara a estos pagos y me la robara, moriría de pena —se decía el viejo, mirándola perderse en el monte.

Pero bien pronto se disipaban sus quebrantos, porque la sonrisa de la hija era el mejor bálsamo para sus cuitas. Y



ya volvía ella por el camino, con los brazos cargados de flores, ofreciéndoselas desde lejos.

—Señor, consérvamela por mucho tiempo, para que sea el sostén y el solaz de mis últimos años... —rogaba el anciano elevando sus ojos al cielo.

—Señor, que nadie me la quite, que se quede para siempre conmigo...

Padre e hija eran muy dichosos, como únicamente pueden serlo los personajes de los cuentos.

La niña conocía de la vida la parte agradable. La otra, la cargaba sobre su experiencia y sus muchas canas el viejo.

Aislada en su rinconcito, en tierras misioneras, se había criado sana de espíritu, sin más noticias de los hombres que las pocas que le contaba el padre.

Y cuando su curiosidad inocente la llevaba a hacerle alguna pregunta sobre las cosas del mundo, invariablemente recibía la misma respuesta.

—Esta es la verdadera vida, la de la ciudad es hojarasca. Tú eres una flor silvestre, allí te marchitarías...

Pero el anciano no terminaba sus reflexiones jamás, porque la niña se le quedaba mirando a los ojos, retratada en la expresión de su carita, su incomprensión.

¿A qué hablarle de cosas difíciles y poblar su alma limpia y blanca de dudas?

El anciano sonreía y los dos juntos salían abrazados de la choza para regalarle con el soberbio paisaje de la selva o con el progreso del jardincito.



to. Tengo una hija a quien adoro con toda el alma. Si me la quitaran ahora, moriría, pero me aterra igualmente el dejarla sola, sin amparo en el mundo.

—Comprendo tu deseo, buen hombre, y es muy justo. No te tortures más por tu hija. Yo he de darle un destino por el cual sea respetada y querida por todos. Tú podrás cuidarla hasta el final de tus días y cuando te llegue el momento de partir, otros cuidarán de ella como tú lo hiciste.

—No sabes cuánto te agradezco, peregrino.

—Mañana, al despertar, no hallarás a tu hija en el cuarto. No te alarmes; ve hasta el monte, y allí encontrarás, rodeada de flores, una planta de hojas pequeñas; esa planta será tu hija.

Cuando al día siguiente el anciano constató el milagro, se postró de hinojos y elevó una oración al Divino.

Aquel mendigo que se llegara hasta su choza, no había sido otro más que Dios. Ahora su hija estaba salvada y él podría morir tranquilo.

Todas las mañanas a la madrugada regaba la planta con cariño y así lo hizo hasta el final de su existencia.

Muerto el anciano, acertó a pasar por esos lares un payador.

Iba huyendo de la justicia por haber "matao en güena ley" a un gaucho cobarde.

Cansado de tanto andar, se dejó caer junto a la planta y pulsando su guitarra entonó una canción llena de melancolía.

Se quedó dormido, amparado por la maleza y al despertar sintió sed y hambre el payador.



Las ramas de la planta parecían ofrecerle las hojas lozanas.

Cortó algunas de ellas y las hizo hervir en un poco de agua. Bebió la infusión.

¡Qué fresca y qué agradable! Su sed y su apetito se habían calmado por completo.

Esto le hizo pensar que le serían muy útiles en el viaje y al partir se llevó algunas ramas consigo.

Después vinieron otros muchos, atraídos quizá por el relato del payador, y la planta se hizo famosa en toda la comarca.

El designio divino se había cumplido íntegramente. La yerba mate no habría de extinguirse jamás y sería deseada y cuidada por todos.

Explicación didáctica de la leyenda

Oriunda de las tierras americanas, la yerba mate constituye la bebida alimenticia de mayor predilección entre los naturales.

Preparada en infusión, resulta refrescante, agradable al paladar y aromática.

Sus propiedades son asombrosas y su empleo podría calificarse hasta de medicinal.

Constituye por sí sola, un estimulante de las funciones cerebrales y contrarresta el decaimiento espiritual y corporal en las personas, ayudando a soportar el cansancio y los efectos de las altas temperaturas.



En general su acción se ejerce sobre las fuerzas materiales y en cierto modo sobre el estado nervioso.

Tocante a la nutrición, involucra un alimento al alcance de todos por su baratura y su abundancia.

Esto es fácil comprobarlo en los habitantes del norte argentino que acostumbran a pasar toda la mañana y aun gran parte del día sin tomar otra cosa que unos mates. Si dicha yerba no tuviera la cualidad que consigno, el debilitamiento de sus organismos sería más intenso del que comúnmente acusan, llegando a ser alarmante, hasta el extremo de producir la postración como consecuencia de la anemia progresiva.

Sin embargo los vemos entregados a las tareas de los ingenios y de la recolección del tabaco, del algodón, etcétera, soportando largas jornadas a pleno sol, expuestos a la pesadez de un ambiente que por la latitud del terreno es enervante en grado sumo, sin decaer, resistiendo con una fortaleza increíble.

Como ocurre con todas las bebidas estimulantes, las personas habituadas al consumo de la yerba mate no pueden privarse de ella sino con un gran esfuerzo de voluntad.

Y es más, hasta se ha comprobado en aquellos que han dejado de tomar esta infusión por algún tiempo, un malestar general y un ligero atontamiento.

Los mismos extranjeros que visitan nuestra tierra, cuando llegan a probar el mate, se acostumbran a él y no es difícil observar a un inglés o español preparando el rico brebaje que sustituye en América al clásico té de los países europeos.



Las condiciones ya conocidas hacen de la yerba mate la infusión de mayor preferencia entre la gente.

Deseada por todos, el anhelo del anciano de la leyenda se concreta ampliamente y esta planta, cuyo cultivo reviste en América el carácter de verdadera industria activa y rendidora, no sólo es solicitada, sino que una vez probada en la clásica bebida, es inolvidable y obliga como toda mujer hermosa a que se la siga queriendo por sobre todas las demás.

LA TELESITA

¡Bosques de Santiago! Largas jornadas a lomo de caballo, sin saberse adónde se va, ni adónde se llega.

Un sol de enero golpeando nuestras espaldas con sus puños de acero candente y una extensión inmensa para recorrer, en medio de un silencio donde el menor ruido se nos antoja un rugido de fiera famélica, y el menor movimiento de las hojas o de las ramas resuena en el ámbito con proporciones que acrecienta nuestro espíritu sobrecogido de terror.

Atrás nuestro ha quedado Santiago, la ciudad de los bizarros conquistadores.

La selva nos atrae y nos internamos en ella llevados por nuestro deseo de aventura.

Además, traemos el cerebro colmado de mitos y de creencias de la selva santiagueña y nuestra fantasía se resiste a mantenerse en el límite conveniente que le delimita la razón.

Ya ha roto las vallas y aflora a nuestros ojos, descubriendo nuevos personajes de leyenda en cada mata o en cada algarrobo florecido...



Alguien de nuestro grupo nos dice con aire de sorna:

—Para lograr nuestra aventura y llevarla a cabo sin tropezos, hemos debido hacer una promesa a la Santa.

Lo miramos con una interrogación que no llega a concretarse en palabras, mientras nuestro compañero prosigue.

—La Telesita nos hubiera evitado más de uno de los inconvenientes que hemos tenido hasta ahora... y eso... sin contar los que tendremos en el camino que andamos o a nuestro regreso.

Por fin inquirimos acerca de ese extraño personaje.

—La Telesita —nos aclara—, era una mujer joven y bonita, si se quiere, que vivió en Santiago hace muchísimo tiempo...

—¿Con ello nos quiere significar que existió...? —Reímos con ganas.

—Y no hago más que decir la verdad. Existió la Santa como la llaman por aquí y fué conocida por los lugareños de aquel entonces.

Nuestra curiosidad ya no nos permite seguir ignorando y, por otra parte, el paisaje nos brinda un marco adecuado para el relato.

Hacemos un alto y con el pretexto de que deseamos descansar y dejar transcurrir el bochorno de la siesta dormitando al pie de un algarrobo, insistimos con nuestras preguntas al ocasional narrador que ya no necesita de estímulos para seguir adelante en su relato.

—El rostro de la Telesita —continúa lentamente— era ciertamente agraciado y las más bellas cualidades adornaban su alma de virgen vagabunda. Pero si la belleza había



3. *Telesita, la bailarina de los bosques santiagueños, quemó sus días entre zambas y chacareras al son de bombo, cajas y violines. (Ilust. Warezki).*



impresa en su boca y en sus ojos negros rasgos atractivos en líneas perfectas, su cerebro, en cambio, estaba perdido.

Soñadora, paseaba su desventura por todas las fiestas. De rancho en rancho, su alegría inocente se volcaba en los malambos, zapateados y zambas y su canto de calandria ponía una nota de gozosa alegría en el constante vaciar de las copas de caña y de aguardiente que pasaban de mano en mano.

Nadie sabía de su visita y todos la aguardaban y la presentían como si fuera un elemento imprescindible de rito.

A la madrugada, huía como un cervatillo atemorizado y se internaba en la espesura o se dejaba caer en algún atajo, vencida por el sueño.

En muchas ocasiones, los viajeros que se aventuraban por la maleza en horas avanzadas, habían creído reconocér en ella algún ser monstruoso puesto allí para impedirles el paso. Zupay vive en la selva y suele adoptar diversas formas para sorprender a sus presas.

Aquella mujer, dormida a orillas del sendero, podría ser una reencarnación más, una transformación del temido Zupay.

Pero una vez reconocida la Telesita, el trote del caballo se hacía seguro y el aplomo del jinete rayaba en bravura en la oscuridad de la noche.

Las cajas sonaban de nuevo llenando el espacio de anuncios de bailes y "velorios" y la Telesita se encaminaba con su paso ágil hacia la reunión, donde la recibían como invitada especial.



Pero el estío iba dando fin a sus días en una transición de tardes calurosas y ateridos anocheceres.

Un soplo de viento helado comenzó a penetrar por las hendeduras de las paredes de los ranchos.

Los grandes y los chicos se acurrucaban alrededor del fogón mientras el mate ponía un poco de calor en los cuerpos ateridos.

La Telesita buscó un refugio donde calentar sus entumecidos miembros. Sentía frío, los harapos que la cubrían no alcanzaban a cumplir su misión sino en lo más necesario.

Y el viento arreciaba, penetrando su hielo hasta los huesos.

Nadie se acordaba de la pobre loca que recorría los parajes sin acertar a detenerse en ningún sitio.

Y la Telesita, llevando auestas su desdicha, se llegó hasta la selva.

Un árbol encendido calcinaba los aires con gigantescas lenguas.

El chirriar de las ramas al desprenderse del tronco, era una promesa de hogar en medio de la soledad y de la inclemencia del tiempo.

Como una mariposa a quien llama la atención la vivacidad de la llama, la Telesita se aproximó a la colosal hoguera quizá en un deseo de redención.

Los harapos flotaron por un momento impulsados por el viento y luego, empenachados de rojo, como yescas encendidas, se retorcieron gozosos apretando en un abrazo de llamas el cuerpo de la mujer indefensa.

Cayó dolorida, rutilante de sierpes sobre el suelo y su



materia se amasó con la tierra volviendo a su primitivo seno, mientras el alma, purificada, volaba al cielo.

Los habitantes de Santiago hicieron de la Telesita, que en vida debió llamarse Teresa o Telésfora, un personaje forzoso en sus fiestas bacanales.

Tiene un ritual, que se cumple con precisión increíble, pues el apartarse de él daría lugar a que la Santa no concediera más milagros.

Todo cuanto se pueda imaginar se le pide a la Telesita y ella lo otorga gustosa, siempre que una vez alcanzado lo solicitado, se beba hasta la embriaguez y se baile hasta el cansancio en su honor.

Con frecuencia, en los ranchos santiagueños suena la caja anunciando "La Telesita" y allí concurren todos los paisanos de los alrededores, pues la caña y los licores abundan en cantidad considerable, todo lo que puede costear el "promesante".

La Telesita, hecha de trapo, preside la fiesta desde su altar improvisado que generalmente es una simple mesa. Delante de ella las velas encendidas son un exponente de la caña que se escancia en los vasos.

La madrugada sorprende al "promesante" y a sus invitados durmiendo una borrachera, tirados en el suelo.

No nos contentamos con la relación solamente y nuestro deseo de saber se hace presente en preguntas que se apresura a responder nuestro compañero de viaje.

Ahora queremos indagar si este ser de carne y hueso que pasó por la tierra es el venerado, o es una concepción



de la mentalidad de los paisanos que, asimilándose a la mujer que existió, la ha transfigurado elevándola sobre su condición de tal.

—Quizás, haya mucho de ello —nos dice—. La Telesita ha sido endiosada por la imaginación popular y ya queda poco de aquella pobre loca que vivió de la caridad de los lugareños.

—Lo cierto —agrega lentamente— es que la Telesita tiene arraigo de adoración en el corazón de todos, y hasta su mismo nombre es un poema de sencillez y de dulzura puesto en los labios, cuando la gracia que se implora es el feliz retorno de un viaje, o el hallazgo de un caballo extraviado, o la seguridad de un invierno sin hambre.

Explicación didáctica de la leyenda

Estas fiestas dionisiacas realizadas en honor de la Telesita tienen una explicación abordable y de clara comprensión.

El sencillo ritual responde a la condición de la Santa que en vida fué alcoholista y gustaba de la danza, por la cual sentía gran inclinación.

Principal protagonista en los bailes, acudía al llamado del bombo con la prestéza que le conferían sus pies menudos y su sed insaciable de licor...

Y es que la Telesita, en su fingida alegría de risas y cantares, escondía su profunda tristeza, quizá la misma que



hoy se adivina en esa inexpressión de los rostros de los santiagueños.

Nunca conoció el llanto, pero acaso, no fué necesario que lo derramara para que lo sintiera dentro de ella y lo llorara en su pecho.

La Telesita tenía un corazón como todos los humanos y ese corazón demasiado sensible, estaba traspasado de penas. Era preciso ahogarlo, y el licor lo aletargaba en una sin razón de la que ya hacía tiempo participaba el cerebro.

Andar y andar sin tino, sin rumbo conocido, arrastrando su desventura como quien lleva a cuestas un peso inmenso que está obligado a soportar por fuerza.

Su presencia duraba lo que dura la noche; la aurora la sorprendía vagando, errando de un lado para otro.

Con las primeras luces desaparecía de la fiesta llevándose su alegría consigo, su fingida algarabía de cajas y pandorgás.

Su locura la instigaba a huir, sin saberse por qué.

La selva la acogía cansada pero con una sonrisa incomprensible en los labios resecos. Y su rostro moreno, cara al sol, era un sinfin de dolorosas muecas... Su carcajada resonaba en el silencio de la maraña como un desgarramiento de la naturaleza dormida.

Su pobreza de andrajos, convertía su cuerpo en una elegía de abandono.

Los campos santiagueños la vieron pasar, derrochando alegría por su boca sedienta, y la huella que dejó su planta no se borró nunca, porque todos querían a aquella muchacha demente que reía por reír.



La muerte le dió la condición de Santa y el milagro surgió de la nada y del todo.

La Telesita era una tradición implantada en la tierra y la silueta enaltecida se alzó de las cenizas, pura y casta, sencilla y dulce, pero ansiosa de fiestas.

¿Qué fué lo que le concedió aura divina? ¿Qué fué lo que le dió el poder que no tuvo en vida?

Ahí está el misterio.

Tal vez su condición de virgen y su incesante andar impresionó a los lugareños.

Tal vez sus pupilas extraviadas dejaron traslucir en algún momento la pureza del alma. Tal vez su tránsito por la vida fué una peregrinación forzosa que se sublimó con el sufrimiento y esto fué comprendido por los santiagueños.

Tal vez su juventud desfallecida, desflorada, en lo profundo de su pecho, se virtió en más de una ocasión en su carcajada desconcertante y su inocencia se vistió de blanco, ante la admiración de los demás.

Tal vez su místico huir le otorgó su calidad de Santa.

Al golpe de la caja se hizo presente en la fiesta y en la tragedia del mundo y pasó por ella enajenada en su locura como una antorcha encendida al acaso y se sepultó en las tinieblas de la noche, coronada de llamas como una diosa del infierno purificada en el martirio.

EL CAMOATI

Todos querían al cacique de cabellos nevados y de pupilas mansas como el crepúsculo que se agota detrás de las palmeras y los ceibos.

Todos lo querían por valiente y justiciero. Su bondad y su recto proceder, eran una garantía para la prosperidad y tranquilidad de la tribu y sus súbditos no reconocían otra autoridad más que la suya.

Obedecían sus órdenes con agrado y no sólo lo servían fielmente, sino que lo obsequiaban a cada instante con presentes arrebatados al monte y a las aguas del río.

Su toldo estaba constantemente lleno de indios que departían con él sobre hazafías pasadas y acerca de guerreros ilustres por sus empresas, que sus muchos años habían conocido.

Su profunda experiencia de la vida constituía siempre la solución acertada a los diversos problemas que se presentaban de continuo. Y por sobre todas estas cualidades, sobresalía una de capital importancia. El anciano cacique tenía el don sobrenatural de comunicarse con el más allá



y de arrebatarse a la muerte las presas tiernas y lozanas que en más de una ocasión había querido aquélla llevarse consigo.

Muchas indiecitas jóvenes volvieron a la vida con sus palabras sagradas y sus bálsamos infalibles, y muchas batallas fueron ganadas invocando el espíritu de los antepasados...

Realmente en varias leguas a la redonda no había otra tribu tan dichosa y feliz como aquélla.

Los indios salían a cazar o pescar y cuando volvían, el canto de las mujeres y el redoblar acorde de los tambores era una invitación a la danza y un derroche de alegría.

Y así se morían las lunas y venían otras nuevas por el camino del cielo...

Una vez, como tantas otras, se fueron los indios al monte en busca de frutos y de presas.

Grande fué la sorpresa que recibieron al llegar a las playas del río grande. Embarcaciones desconocidas, muy distintas a sus frágiles canoas, surcaban las aguas.

Seres de tez blanca que hablaban una lengua incomprensible discutían entre ellos gesticulando y accionando.

En ocasiones, sus brazos se alargaban como si quisieran señalar en la orilla algún punto.

Los indios retornaron alarmados a la tribu y confiaron al cacique su descubrimiento.

—Invocaré a los dioses y les pediré ayuda. Ellos son los únicos que pueden salvarnos de los hombres blancos.



Se quemaron hierbas y se bailó la danza sagrada alrededor del fuego.

El cacique estaba taciturno, sentado en el centro del fantástico círculo.

Se levantó sereno. Las estrellas brillaban nítidamente en el firmamento. Quedó contemplando la columna de humo que se elevaba del brasero.

—¡Tupál! —su voz resonaba clara en la noche—. ¡Tupál, arma nuestro brazo contra el enemigo y coronanos de triunfo...

—¡Tupál, no dejes que los nuestros se pierdan para una eternidad en las tinieblas. ¡Tupál, no permitas que el hombre blanco nos arrebatte nuestras tierras y suma en el cautiverio a nuestros hijos.

El cacique apoyó las manos en cruz sobre el pecho y se sentó de nuevo.

Terminaba el rito. Los bailarines fatigados cayeron en el suelo pesadamente.

—Nuestro sino es de muerte —dijo entonces el anciano—. Tupá no ha querido escuchar mis ruegos. Ellos han de venir antes de que nazca la aurora y nosotros nos convertiremos en sus esclavos.

El cacique se quedó silencioso, pensando...

El fragor de las armas repercutió como un trueno en la selva.

Y fué estéril la lucha. Los arcabuces sembraban el exterminio en el campo de batalla y el ejército indígena se iba mermando rápidamente.



Los hombres blancos ganaban la partida y los combatientes indios debieron ocultarse en la selva para no sucumbir en su totalidad.

Vuelta la paz, el cacique no retornó a la tribu. Sus súbditos lo buscaron por todas partes inútilmente, y lo esperaron muchos días y muchas noches. Hasta que, invocados los espíritus de los antepasados, se supo la causa de su desaparición.

El anciano cacique convertido en avispa había volado a la espesura, evitando con ello un posible cautiverio.

Sin duda alguna, andaría por los árboles buscando una rama propicia para construir su casita de barro.

Los indios, conocedores del destino de su jefe, quisieron unirse a él y solicitaron a los dioses ser convertidos en avispas.

Cuando el viejo cacique los vio llegar a su lado, se alegró mucho. Los reunió en su casita como antaño. Allí les narró sus primeras aventuras en su nueva vida de insecto.

Salieron a recorrer el monte y era tan delicioso deslizarse plácidamente por el aire y posarse en las hojas y en el barro, cerquita del agua, que ya no quisieron recobrar sus primitivas formas.

Cuando se oscureció la selva, volvieron a la casita, pero era demasiado chica para que pudieran descansar todos cómodamente.

Entonces resolvieron agrandarla. Comenzaron a trabajar con ahínco, amasaron el barro y lo transportaron cuidadosamente hasta la pequeña obra en construcción.



Tupá que los veía ir y venir sin descanso, resolvió que siguieran unidos para siempre en una comunidad perfecta.

Y así es como el viejo cacique de cabellos nevados vive actualmente con sus súbditos en los camoatíes que penden de las ramas de los árboles.

Explicación didáctica de la leyenda

El aborigen, poseedor de un acabado sentido de la libertad, no pudo tolerar el cautiverio sino a costa de una negación total de su natural repleto de caminos y de cielos claros y serenos. Pero la línea del horizonte bosquejada en un rasgo lejano despertaba en él a cada rato la ansiedad de alcanzar con sus manos la estrella que se cernía sobre su cabeza de esclavo.

No es raro, entonces, que alrededor de este principio, giraran los elementos constructivos de más de una leyenda.

En algunas de ellas, los protagonistas han preferido morir antes que sucumbir paulatinamente en las tiendas de los conquistadores; en otras, el hombre ha huído de sí mismo, de su condición humana y se ha trocado en ave, símbolo de libertad absoluta, o en insecto como en el caso que nos ocupa.

Aquí el cacique se convierte en avispa y con ello conserva intacta la independencia del ser.

Los demás se unen a él, formando una perfecta sociedad dentro del reino animal, a imitación de la que constituirían siendo hombres.



Juntos, a pesar de su pequeñez, resultan grandes y fuertes y ya jamás se han de separar porque en esa comunidad envidiable está la solución de la vida.

El camoatí encierra, en sus casillitas de barro, los cuerpos reducidos de los indios trabajadores y buenos que habituados al comando de un jefe justiciero, no quisieron continuar en la tribu por temor a destruir aquel vínculo de unión que los había hecho felices.

Dos puntos capitales sintetiza esta versión, por consiguiente, y ellos son: la libertad y la unión.

Estas potencias reunidas se complementan y se respaldan impidiendo sus desintegraciones.

LA GARGANTA DE LAS CALAVERAS

Poseedora de una cara sumamente hermosa y atractiva y de otras cualidades que la imaginación de los lugareños y el terror de la aventura le quisieron acordar, este singular personaje, escapado de alguna pesadilla, paseaba su esquelética figura por sus dominios cordilleranos.

" Su sola presencia divisada o adivinada acaso a la distancia, era un motivo de alarma y de espanto. Los ojos de los viajeros se agrandaban desmesurados mirándola correr, por entre los desfiladeros y los valles, envuelta en su túnica negra, tétrica y misteriosa, como un ave agorera o como el símbolo más acertado de la muerte.

Y cuando su paso se detenía cerca de la laguna que le servía de morada, era aún más horroroso el espectáculo que se ofrecía a los expedicionarios. Los brazos de la viuda se elevaban por sobre la cabeza, teniendo entre los dedos huesudos un cráneo humano. Parecía contemplarlo y después su risa se desataba sonora y espeluznante hasta que, por fin, arrojaba el despojo sobre el terreno con un gesto de desprecio.



Pero eso sí, sorprendida la viuda en su tarea, era cruel e implacable. Su furia se retrataba en sus pupilas que desprendían centellas. Y se lanzaba en persecución de su víctima que llevada por su sino fatídico habría de morir a su contacto.

Por el contrario, encontrada en el valle o en la montaña, su poder de seducción era irresistible.

La viuda acrecentaba sus encantos y atraía a los viajeros que ya no podían apartarse de ella.

¿Qué pasaba a sus enamorados?

Se decía que aquellos que la seguían de buen grado, se constituían por obra de encantamiento, en servidores del Rey Inca que habitaba en el fondo de la laguna con su corte, en una regia mansión de riquísimos ornatos.

En tanto, los que intentaban huirle, corrían peor suerte. Sus cabezas separadas de los troncos iban a rodar por el valle cercano y sus cuerpos eran arrastrados hasta la morada de la seductora.

La viuda era una mujer malvada y perversa, que tenía conciencia de su hermosura y que no podía permitir que nadie escapara a sus redes, por eso su rencor se desataba contra aquellos en quienes creía notar desprecio.

Pero lo cierto es que, enamorados o no, ninguno volvía de aquella extraña y pesadosa jornada.

Sus crímenes eran incontables. Cuanto hombre acertaba a pasar por los alrededores daba cuenta de su atrevimiento con su vida.

La viuda era reina y señora en sus dominios de la laguna



y nadie intentaba discutirle sus derechos en modo alguno, pues ello hubiera sido una temeridad.

Pero, como siempre, el que viene de lejos es el que más pone en tela de juicio la veracidad de los acontecimientos, acaso por no haberlos vivido o no haberse familiarizado con ellos desde la niñez.

Y así ocurrió con la versión de la viuda.

Hacia poco más de una semana que un barco de Su Majestad estaba anclado en el puerto de Valparaíso.

Por obra de la casualidad o de labios de algún chileno, llegó a oídos de dos oficiales de la tripulación la leyenda de la pérfida mujer.

Conseguido el permiso del capitán de la nave, los oficiales se encaminaron hasta el lugar determinado y allí ocuparon momentáneamente una choza que hallaron entre las montañas.

Salieron al camino; estaban dispuestos a terminar con la famosa viuda y desvirtuar de raíz todos aquellos disparates que circulaban.

Ellos no creían en cosas sobrenaturales y, sin duda alguna, la mujer de atavíos negros no sería más que algún maleante que se disfrazaba para ocultar su identidad y que elegía aquellos parajes para perpetrar sus crímenes, por lo apartado y solariegos que eran.

Los misterios de que se rodeaba la viuda impresionaban a la gente, que creía descubrir un ser fantástico en un simple malhechor que habría de terminar sus monstruosidades el día que algún hombre valiente y decidido le dejara cla-



vado en el pecho la hoja de su cuchillo, o le alojara en el cuerpo cuatro o cinco balas.

Perdidos en sus divagaciones continuaban su recorrida de inspección, cuando se les presentó a pocos metros de distancia la viuda.

Quedaron paralizados. Uno de ellos como movido por un resorte se fué acercando a la mujer.

Acaso lo llevara la intención de estrangularla entre sus manos... Mas, cuando estuvo cerca, sus brazos la rodearon apasionadamente y la cubrieron de caricias.

El cuerpo de la viuda se estremeció como un junco castigado por el viento y se animó de ternuras...

El la apretó fuertemente, y atrayendo la descarnada cabeza, posó sus labios febriles sobre los helados de ella. Entonces, ocurrió algo espantoso, el cuerpo de la viuda se deshizo en huesos y la calavera pendiente de sus labios recortó dos cuencas profundas y oscuras en las cuales flo-taron los ojos relucientes como dos estrellas.

Un ruido subterráneo resonó en el ambiente y las montañas temblaron sobre sus bases inmensas.

El oficial yacía muerto al lado de la viuda. Sus cabezas unidas ya no parecían querer separarse.

La nieve descendía desde las cimas de las montañas en bloques compactos y enormes.

Pronto, un manto blanco se extendió por toda la cordillera.

El compañero del infortunado oficial, que se había encerrado en la choza, quedó rodeado de hielos en un sepulcro de nieves.



Las cabezas unidas se distinguían claramente sobre el mármoleo catafalco.

El oficial sobreviviente, acordándose de las oraciones que aprendiera en la niñez o que oyera musitar a su madre al borde de su cuna, elevó un ruego al Supremo Hacedor.

La magnanimidad de Diós no se hizo esperar y el milagro abrió una brecha entre las montañas, derritiendo la nieve.

Cuando, pasado el primer momento de estupor y curado de la enfermedad que le originará la macabra aventura, el oficial abandonó su cargo en la Armada Real, todos se sorprendieron.

¿Adónde iría el oficial que sabía el secreto de "La Garganta de las Calaveras"?

No fué difícil saberlo. En el Convento de San Francisco de la ciudad de Curimón, profesó su fe de religioso y allí pasó el resto de su existencia.

El recuerdo del compañero muerto y de la viuda lo sumió en la oración y toda vez que dirigía sus preces a Dios, le pedía sosiego para su mente perturbada.

"La Garganta de las Calaveras" había quedado en su pasado como un episodio vivido y no como una leyenda.

Explicación didáctica de la leyenda

Esta relación de la Garganta de las Calaveras encuentra un perfecto marco para su desenvolvimiento en la vasta extensión y en la soberanía de la cordillera de los Andes.



Las montañas amalgamadas en estrecho abrazo, ofrecían en tiempos pasados dificultades menos aborables que hoy en día, para el tránsito de un lado al otro del inmenso cordón orográfico.

Los viajeros que necesariamente debían afrontar los peligros de las expediciones, conocían los múltiples riesgos y la casi total imposibilidad de salir airosos de ellos.

No pocos de los que partían jamás retornaban al hogar, quizá por haberse perdido entre las montañas o por haber sido sorprendidos por los aludes.

La verdad es que quedaban sepultados en la nieve.

La noticia de sus muertes llegada a las poblaciones, habría dado lugar a que la gente creara versiones explicativas de los motivos de las mismas.

"La viuda aguardaba a los viajeros y los enamoraba ultimándolos luego". "La viuda era una mujer desconocida de todos que habitaba en las orillas de un lago". "Por ella los hombres no volvían a sus casas, pues quedaban prisioneros de sus encantos". Y la viuda, autora de muchos crímenes, era en cierto modo un ser maléfico todopoderoso.

Todo esto en el decir de los lugareños, pues desnudando los hechos de sus aderezos fantásticos, la viuda debió ser en su principio un alud desprendido de la cima de la montaña o sencillamente un lugar de extravío en medio de las moles inmovibles.

Singularmente la leyenda tiene un valor altamente humano, avisa al viajero incauto del peligro y lo aparta de la zona, haciéndole buscar pasos más transitables, llenando con ello un deber meritorio.



4. *Sumac - Pakari, tocador de quena del Altiplano.*

EL MAIZ

Avatí y su amigo eran inseparables. No se concebía al uno sin el otro.

Vivían en chozas próximas y salían a pescar y a cazar juntos.

Animados de buenos sentimientos se ayudaban mutuamente, tratando de que no faltara el sustento a ninguna de las dos familias que imitando a sus jefes se querían y apreciaban en grado sumo.

Conformes con su suerte que no les deparaba mayores sinsabores, no tenían más ambiciones que las que les daban la tranquilidad del hogar y la alimentación y necesidades de los hijos y de las compañeras humildes y carifiosas.

En el monte hallaban cuanto era imprescindible para mantenerse y el río les entregaba diariamente su aporte de peces apetitosos.

Y ocurrió que un día, como siempre, fueron de caza y encontraron que los animales que se les presentaban al alcance de sus flechas eran muy pocos y difíciles de matar,



pues huían con gran facilidad y se ocultaban rápidamente en la maleza.

Quisieron pescar y tendieron sus redes, pero cuando las sacaron estaban vacías.

Ese día y varios otros, sus familias pasaron hambre no obstante, los esfuerzos de los cazadores.

—Ñandeyara no ha de abandonarnos en esta situación —decía Avatí, tratando de consolar a su compañero.

—Si al menos supiéramos servirnos de las plantas...

—suspiraba éste— no pasaríamos tantas miserias y nuestros hijos tendrían qué llevarse a la boca. Pero no conocemos más que aquellas que nos dan frutas y alguna que otra que ahora está seca por la falta de lluvia.

—Ñandeyara nos dará la solución, yo estoy seguro de ello.

—Mi mujer ya no tiene fuerzas para moverse y si sigue así, no sería difícil que sucumbiera de debilidad.

—Ñandeyara no querrá que muera, ten confianza en ella.

—Nunca la he perdido, Avatí...

Y los amigos seguían lamentándose de la pobreza en que se hallaban sumidos.

Arboles había muchos en el bosque, pero sus frutos debido a la sequía no prosperaban y pequeños aún se desprendían de las ramas con sus cortezas rugosas, amarillentas, sedientas las pulpas acorchadas.

Los animales también sufrían las consecuencias del año malo, y no encontrando qué comer, huían buscando mejores lugares, donde los pastos fueran más tiernos y las presas más abundantes.



Avati y su amigo estaban aislados en aquel claro del monte y no hallaban más salida a su situación insostenible que el milagro que Ñandeyara se dignara concederles.

Y así fué que éste no se hizo esperar por mucho tiempo.

De la espesura cuajada de sombras, salió un guerrero de altivo porte envuelto en una luminosidad sorprendente y se dirigió a ellos con gran amabilidad.

—Soy un enviado de Ñandeyara y vengo a socorreros, pues habéis sido fieles compañeros y excelentes jefes de familia, amantes de vuestros hijos.

Avati y su amigo quedaron asombrados.

—Vuestra unión ha llamado la atención de Ñandeyara y la ha conmovido— continuó diciendo el guerrero.

—Sé que carecéis de alimentos y vengo a proporcionaros uno que en el futuro será primordial para el hombre.

—Dinos cuál es, pues nuestros hijos se mueren de hambre...

El guerrero quedó en suspenso un instante, como si aún no quisiera develar el secreto totalmente.

—Dinos, te lo rogamus— insistieron los cazadores.

—El alimento no es difícil lograrlo, pero para ello se impone el sacrificio de uno de vosotros dos.

Los amigos se miraron al rostro con cierta alarma y luego cambiaron una mirada serena y decisiva. Estaban dispuestos a todo con tal de salvar a los seres queridos.

—No tienes más que indicarnos cuál será el elegido.

—Yo no lo indicaré, ni tampoco Ñandeyara. Vosotros mismos lo resolveréis.

—No dejes librado a nuestro arbitrio el decir cuál ha de ser el que muera — dijeron los dos a un tiempo.



—Nandeyara ha querido que así sea.

—Pues bien —aclaró Avatí—, sea yo el que sucumba.

Pero aun no había terminado de decir esto Avatí, cuando la voz del amigo se dejó escuchar en un ruego.

—No permitiré que tu sangre se derrame, he de ser yo quien muera.

—Así no os pondréis nunca de acuerdo. Nandeyara ha ordenado que el más débil de los dos sea el elegido.

Los dos lucharéis hasta medir vuestras fuerzas y quedar agotado uno de vosotros. El vencido se sacrificará y será enterrado.

En su tumba, con la próxima luna llena, nacerá la planta que os brindará el fruto prometido.

—Si es esa la voluntad de Nandeyara, la acataremos —contestaron los dos.

Los amigos se trabaron en lucha y el más débil resultó ser Avatí.

Con ayuda del guerrero, el vencedor le dió sepultura y luego se volvió a la cabaña. Allí se despidió de él el enviado de Nandeyara.

—Me vuelvo al monte y a la noche, —le dijo—. Mi misión ya ha tocado a su término.

Ahora te resta esperar, hasta que nazca la planta. Entretanto no ha de faltarte caza, pues Nandeyara te la pondrá a tu paso y tampoco ha de faltarte pesca, pues el río rebosará de peces para ti. Pero no olvides que la familia de Avatí queda a tu cargo y que tú debes velar por ella.

—terminó el guerrero y desapareció entre las sombras.

La familia de Avatí sufrió lo indecible, al ver que éste



no retornaba en los días subsiguientes al del hecho que ellos ignoraban, por haberse llevado a cabo en la mayor reserva.

Consagrados a su búsqueda lograron encontrarlo, pues la nariz de Avatí había quedado insepulta en un descuido de su compañero.

Mucho lloraron sobre la tumba esa mañana y otras. Y no pudiendo resignarse con su desventura, se convirtieron en verdaderos custodios del sepulcro.

Los hijos del difunto limpiaban de hierbas y alimafias los alrededores, impidiendo que la tierra que cubría el cuerpo del padre fuera ganada por la selva.

El cazador sobreviviente no retornaba de sus idas al monte sin traer alimentos para todos.

La planta tardaba en nacer, pero él estaba seguro de que Nandeyara no faltaría a su promesa. No en vano se había sacrificado el amigo inseparable.

La familia seguía llorando sobre la tumba, culpando a la fatalidad de aquella muerte.

El cazador no traicionaba el secreto y aunque veía a la viuda desesperarse en su impotencia y en su pesar, no aclaraba el misterio.

La planta no tardaría en nacer. Nandeyara no faltaría a su promesa.

Giró la luna en sus cuatro fases y la primavera empezó a derramar sus flores por el monte.

Los hijos de Avatí continuaban cuidando la tumba con el mismo tesón y cariño.



Al clarear de una aurora fresca y embriagante, todos se pusieron de pie sorprendidos. De la nariz de Avatí había brotado una planta que ostentaba la hermosura de un penacho de espigas doradas. Las hojas anchas y alargadas en forma de lanzas se arrollaban al tronco fuertemente.

Nandeyara ha cumplido su promesa —pensó el cazador que había acudido a visitar la tumba del amigo.

La planta anhelada estaba allí, lozana y promisoría de frutos.

—¡Avatí! —fué el grito de la mujer y de los hijos.

—¡Avatí ha revivido...!

Todos se lo repetían en la aldea vecina.

—¡Avatí ha revivido...!

Y Avatí, siguiendo su destino de planta útil, convirtió sus espigas en frutos no menos dorados y sumamente alimenticios y apetitosos.

Así fué cómo nació el maíz en América; su raíz fué la abnegación de un hombre y su savia, la sangre del indio bueno que quiso desintegrarse de la tierra, para hacerse esperanza en la espiga y ofrenda en el fruto.

Explicación didáctica de la leyenda

La planta de maíz, por sus singulares provechos, resulta básica en la alimentación humana.

Su grano cocido en el mismo marlo, antes de madurar, constituye un exquisito plato que no falta en la mesa del criollo.



Y no solamente lo apreciamos y lo gustamos preparado en esta forma, sino en varias otras no menos apetitosas. La mazamorra, la humita, etcétera, tienen como principal ingrediente al grano del maíz.

La harina que de él se extrae se utiliza en gran escala en la elaboración de comidas succulentas y de un pan especial.

Ya en otros tiempos pasados, las Virgenes del Sol en el templo del Cuzco, interpretando posiblemente el sentido profundo de la leyenda, preparaban con ella el pan para los sacrificios.

El maíz es un alimento barato y al alcance de todos los bolsillos, y sintetiza por sí solo un centro generador de una industria que circunscribe numerosas ramas.

Considerados sus empleos, no es engorroso establecer los lazos comunes entre la leyenda y la planta.

Siendo esta última generosa en sus aportes, debió indetectiblemente encontrar su primera semilla en el sacrificio de un indio leal y desinteresado que no vaciló en morir por los suyos.

Avatí era un amigo cordial y bueno y la planta refleja estas condiciones en su acogedora riqueza, que es fuente nutricia y en su espiga que pasada de mano en mano entre los hombres que se dedican a su cultivo, involucra el símbolo más acabado de la amistad y de la unión.

El maíz nació de Avatí (nariz de indio) y se extendió por toda la tierra traspasando las costas de América y propagándose por el viejo continente con su tesoro dorado.

Las tribus indígenas lo sembraron en los terrenos adyacen-



tes a sus posesiones o alrededor de sus toldos transitorios cuando ambulaban de un lado a otro.

Y a tal llegó la dedicación de los indios, el significado que alcanzó entre ellos y la pródiga correspondencia de la planta, que sus espigas y sus frutos fueron considerados como dignos presentes en las tumbas de los dirigentes y grandes señores de los imperios.

"Las sepulturas antiguas de la América del Norte, las tumbas de los incas y las catacumbas del Perú entierran espigas y semillas de maíz con la misma frecuencia que las del antiguo Egipto contienen trigo, cebada o mijo".

Y ya no fué únicamente ofrenda, sino que en su derivación constituyó verdaderas divinidades.

México desentrañó de su nombre la denominación con que se conocía a la divinidad Ciuteult y a ella ofreció en holocausto las primicias de las cosechas, como hicieran los griegos con la diosa Ceres a quien consagraban las primicias del trigo.

¿Y qué menos que desprender de una planta tan útil como el maíz, la concepción de una divinidad?

Los indios la cultivaron en preferencia y nosotros lo hacemos aún con más intensidad, porque hemos adivinado en ella algo más que el alimento, hemos establecido su industria y numerosos productos se integran con sus elementos debido a sus cualidades.

El maíz es un culto en América y este culto se cimenta en la leyenda.

Avata sucumbió por el hombre y América no lo olvida.

EL PALO BORRACHO

Asentada en una de las márgenes del río Paraguay, deslizaba su vida de luchas y conquistas una tribu de guerreros de antiguo linaje y de cuyo valor acendrado daban cuenta los innumerables trofeos expuestos en verdadero muestrario en el suelo de las chozas.

En muchas leguas a la redonda se los conocía por su despeggo absoluto de la vida y por su prestancia en el combate. Pero entre todos ellos sobresalía Caimaré, el viejo cacique, por cuyas venas corría la sangre indómita de Poirá, el ilustre guerrero.

Caimaré unía a su extrema bravura, en su carácter de anciano, su honda filosofía aprendida en el transcurso de muchas lunas.

Ningún guerrero se hubiera animado a medir sus fuerzas con el jefe de la tribu por temor de quedar derrotado en su empresa y ningún hechicero hubiera osado contradecir uno solo de sus vaticinios o sentencias, por no sentirse desvirtuado en sus predicciones ante la realidad de los hechos.

Caimaré conocía el secreto de las aguas que se despe-



fian desde lo alto en un torbellino de cabelleras espumosas y rumoreantes; el misterio siempre latente de la naturaleza acrisolado en el verde de los bosques. Sabía de la nostalgia de la luna derramada en la quietud espejada de los lagos y de la sonrisa del padre sol, despuntando en la mañana de la vida con un rosicler de gemas y un estallido de pétalos.

Los espíritus benignos lo alentaban en las guerras y tenían en el camino las mortíferas flechas de sus enemigos.

Todos lo respetaban y reconocían en él, no solamente al cacique, sino al ser superior que no habría de confundir nunca su materia con la madre tierra en un olvido final, porque su oscuro cuerpo, sin duda alguna conjuntamente con su alma, sería llevado por Tupá hasta su reino celestial, para continuar con sus antepasados su historia de grandes hazañas.

Caimaré vivía orgulloso de sus proverbiales proezas, pero una pena muy honda le saltaba a los ojos desde muy adentro y se dejaba estar en sus pupilas, colmando sus horas de una embriaguez de sueños y un vacío absoluto alrededor del cual giraban sin sentido su mundo y sus ideas.

El cacique estaba triste, siempre triste, y cuando su fiereza daba tregua a sus armas, su mirada se perdía en una lejanía de horizontes y quedaba ensimismado, proyectado en su imposible y su impotencia.

El viejo Caimaré tenía una hija, la pequeña-Naipá, una verdadera flor nacida en el salvaje lecho de la selva.

Cuando Naipá vio la luz del día por primera vez, su



madre se quedó dormida para una eternidad entre los brazos de la noche.

Todas las mujeres de la tribu se aprestaron a criar a la princesita huérfana y Caimaré, que había amado entrañablemente a su esposa, no quiso elegir una nueva compañera y a pesar de que la niña necesitaba una madre, prefirió dejarla al cuidado de todas ellas, para que le prodigaran el amor que su mano torpe de hombre acostumbrado al manejo de las armas y su corazón endurecido por la desgracia, no podían ofrecerle.

Muy rara vez se lo vió acariciar la renegrida cabellera de Naipá y si contemplando los juegos infantiles, su boca quiso ensayar el calor de una palabra, su gesto destemplado y su ademán rudo provocaron la huida de la princesita temerosa.

Además, la sola presencia de la niña, avivaba el recuerdo de la madre.

Indudablemente que Naipá sería la continuación de Aimatí y su vida una prolongación de la de aquella, y así lo habían aseverado los más sabios hechiceros; pero el cacique doblaba la cabeza sobre el pecho y dejaba transcurrir el tiempo, que ocultaba su disco de fuego detrás de las copas de los árboles, y permanecía sumido en su dolor, solo, pero con su muerte.

Y así creció Naipá, mecida por manos amantes, pero ajenas.

La madre selva, muchas veces acunó su sueño con el canto de las hojas en el improvisado regazo de musgos y de helechos. El río grande también le dió parte de su calor de



padre y le enseñó canciones, las más hermosas canciones que escuchara jamás oído humano, y aprendió la indiecita, gozosa, deseosa de comprender el lenguaje de cuanto la rodeaba.

Los pájaros escondidos en el follaje de las ramas, compusieron para ella con sus trinos, las más melodiosas escalas que Naipá imitó con su garganta privilegiada.

Los espíritus del agua y de los árboles conversaban con ella y se entretenían en besar sus manos y sus pies desnudos.

Pero Naipá llegó un día a la pubertad, edad en que las mujeres de la tribu debían prepararse para el matrimonio, y fué sometida a las difíciles pruebas establecidas en el código de costumbres de los suyos.

El éxito allanó todas las dificultades y la princesita, siguiendo el ritual, debía ser presentada en la ceremonia del año, donde los jóvenes indios que ya habían rendido las pruebas de suficiencia, medirían su bravura y su destreza a fin de lograr su mano.

La noche anterior a la ceremonia, Naipá huyó al bosque. Estaba descorazonada y dolorida, no quería casarse, pues no sentía inclinación por ningún hombre de su tribu y ello la hacía temer la aurora del día siguiente que la encadenaría a la lujuria de un ser codicioso y perverso, ambicioso de llegar a ser cacique, por corresponderle el mando de la tribu al contraer nupcias con la heredera.

Naipá quería hablar con sus amigos, con los árboles, con el espíritu del agua, con sus estrellas, para que le proporcionaran el ánimo que no poseía y se llegó a la orilla del río.



Y allí estaba entregada a sus confidencias, cuando creyó oír detrás suyo un ruido de hojas y de ramas.

Al darse vuelta, vió avanzar hacia ella, iluminado por un rayo de luna, un apuesto guerrero.

Naipá hizo un ademán para levantarse, pero el joven la tranquilizó con un ademán. La princesa quedó aprisionada en el lugar, mirándolo fijamente, hechizada.

Se adelantó el guerrero y se sentó á su lado.

Por un momento, Naipá creyó que sería el espíritu de algún astro enviado por la luna.

Pero luego él comenzó a hablar, y el agua a musitar su canción de arrullos.

La indiecita cerró los ojos y se dejó ganar por el amor. El espíritu del agua le había mandado el esposo soñado.

Cuando despuntó la aurora, ya los dos habían unido sus sentimientos y sus corazones hasta la muerte y Naipá volvió a la tribu llevando de la mano al guerrero.

Grande fué el asombro del anciano cacique y de todos los presentes.

Aquel hombre extraño podía ser un enemigo y, para los pretendientes al trono, era un usurpador que había que quitar de en medio.

No obstante ello, fué aceptado ante las súplicas de Naipá, con la condición 'de que' se sometería a las pruebas del caso y, si resultaba vencedor, recién podría aspirar a la mano de la princesa.

Gustoso el guerrero esperó el momento de actuar; pero en el loco alboroto de la fiesta y cuando sus manos se:



aprestaban a arrojar la lanza con inigualada puntería, alguien le atravesó el corazón con una flecha y cayó bañado en su sangre. Naipá se precipitó sobre el cuerpo exánime y lo cubrió de besos; después lo depositó en la tierra cuidadosamente y como una sonámbula, se alejó de la fiesta.

Pasaron muchos días y la luna escondió muchas veces su disco de plata en las aguas del remanso, ocultándolo a la vista de los mortales.

Una mañanà, Caimaré llamó a su hija y le impuso el contraer matrimonio.

La tribu necesitaba un hombre fuerte y valiente que defendiera sus dominios y sus intereses cuando él cerrara los ojos. Ya estaba viejo y si bien aun era el primero en el combate y su grito de guerra resonaba en las selvas, atemorizando hasta a las mismas fieras, deseaba ardientemente conocer a su sucesor y admirar en vida su condición de guerrero invencible.

Naipá no dijo una sola palabra y por otra parte de nada hubiera servido su protesta.

Nadie hubiera comprendido su obstinación de mujer enamorada de un imposible y se la hubiera obligado a obedecer por la fuerza.

Los hechiceros proclamaban la necesidad de aquella unión que salvaría y aseguraría el futuro de la tribu. Los aspirantes al trono rivalizaban en su ostentación de fuerzas, anhelantes de ser los dueños y señores de aquellas tierras.

La ambición cegaba a todos y cada uno creía ver en sí al posible sucesor de Caimaré.



Por eso nadie reparaba en la tristeza de Naipá y nadie quería penetrar su problema.

Las mujeres que otrora le sirvieron de madre, no entendían el porqué de su angustia y de aquel empeño de permanecer célibe. Todas ellas habían tenido sus compañeros y con el correr del tiempo les habían cobrado cierto cariño. Desplazadas las unas por las otras en el corazón del hombre, nunca se sintieron menoscabadas. Era la ley de la vida y la vejez traía aparejado el abandono, pero tenía su compensación: la sabiduría que dan los años y los consejos acertados que requería el esposo en caso preciso.

Quizá Naipá hubiera intentado una súplica más y una lágrima, que ya no tenía por haberlas vertido todas, hubiera rodado de sus pupilas hasta los pies de Caimaré o abrazada a la vieja Arumé, tan respetada por todos, le hubiera volcado el sentir y el horrible pesar de su alma en palabras saturadas de caricias dormidas. Pero la indiecita sabía muy bien que la ley de la tribu era una sola y que había que cumplirla.

Y fué el destino que aguardaba detrás de los bosques de palmeras, que se asomó al camino y la llamó de lejos con una promesa.

Naipá huyó a la selva como en aquella otra noche de quebranto.

Los árboles la saludaron como siempre y las ramas se entreabrieron dando paso a su pie menudo y luego se unieron en estrecho abrazo para borrar las imperceptibles huellas.

La maleza extendió su confuso manto de verdes y se tro-



có más inmutable, más inconvencible que nunca, más grandiosa, más colmada de silencios sin respuestas.

Inútiles fueron las búsquedas que se realizaron a la mañana siguiente. Naipá había desaparecido.

Pero en el lugar donde habitualmente se sentaba la princesa para conversar con el espíritu del agua, un grupo de indios descubrió un árbol raro y hermoso a la vez, de tronco ensanchado en su medio, cubierto de espinas, al igual que sus ramas.

Sus flores que parecían hechas de seda eran de color blanco y de una delicadeza extraordinaria.

Los indios quedaron admirados de tanta belleza y poseídos del asombro que los sobrecogía ante el descubrimiento, cayeron de rodillas en señal de adoración y respeto.

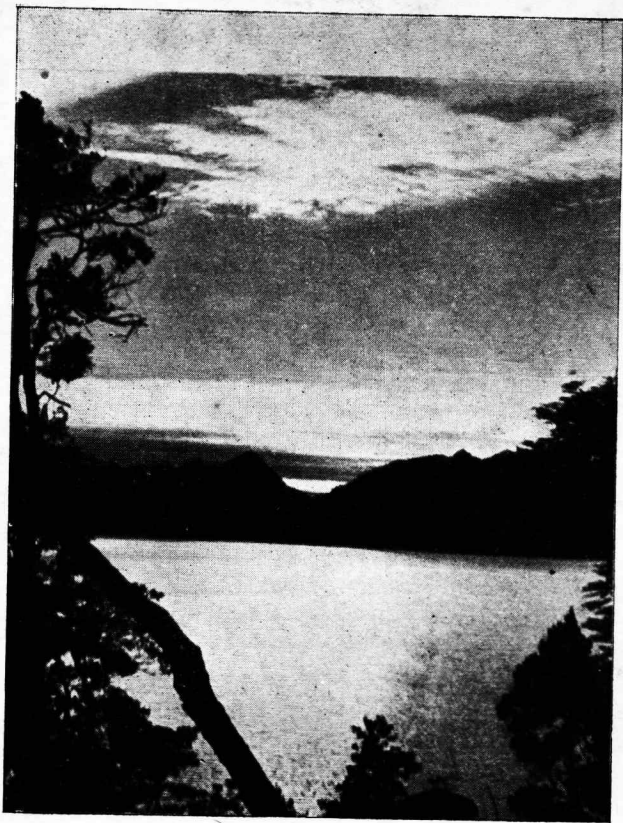
Naipá, durante la noche que precediera a su inevitable casamiento, una vez ganada la espesura, había contado sus cuitas al espíritu del agua. La luna alcanzó a oír sus lamentos y como la quería muchísimo, la envolvió con sus rayos, como en un manto protector y en una caricia sutil y tierna. Por su parte, el agua besó sus plantas desnudas y Naipá, por voluntad de los dioses, se fué convirtiendo en un árbol.

Y así explica la leyenda el origen del palo borracho.

A cada uno de sus atributos le asigna un significado.

Las espinas que cubren el tronco son las lágrimas derramadas por Naipá en su desigualado sufrimiento. Las flores sintetizan el amor sublime de la joven princesita, puro como su alma.

Cuando se tiñen de color rosado, según la versión recogida



5. A orillas del lago Correntoso, Naipá — protagonista de la leyenda del Palo Borracho— acudía el espíritu del agua a expresar 'sus cuitas. (Fot. D. Gral. de Parques y Turismo, Argentina).



da, es porque la sangre vertida del amante, subiendo por las raíces del árbol, aflora a las còrolas para integrar la esencia libertada de Naipá.

Explicación didáctica de la leyenda

Esta leyenda del Palo Borracho es de una belleza extraordinaria y de una fina concepción espiritual. Recogida de labios de antiguos habitantes de la zona litoraleña, nos ha llegado con toda la candidez y toda la dulzura que la mentalidad indígena supo imprimirle en el instante de la creación.

El amor ocupa un lugar preferente en el argumento. Y es que el amor, centro y fin único de la vida, elevación del ser sobre lo terreno, ha sido desde los comienzos del mundo, la purificación del sentimiento, el don de privilegio que apartando al hombre de la animalidad, le concede alas de pájaro acercándolo a Dios.

Pero el amor realizado, apurado hasta la saciedad del deseo, pierde su encanto y degenera en el hastío.

La grandeza de lo imposible es inigualada y su atracción, por lo mismo que es inalcanzable, se hace cada vez más intensa.

Los amores de las leyendas, raras veces se cumplen si no en el fatalismo.

Pero del supremo dolor está escrito que ha de nacer la flor más pura.

De una gota de llanto ha brotado una espina como exponente de martirio; de un alma limpia, la blancura de



una flor. Y todo ello en la realidad de un árbol que sintetiza a una mujer nacida para la pasión y purificada en ella.

Si Naipá hubiera confundido sus brazos en un lazo carnal con los de su amante, lo noble, lo sutil, lo fragante, habrían sucumbido para convertirse en un acontecimiento más, repetido en la historia de las vidas humanas.

Mas, allí está lo flotante, lo que nunca se logra, el ensueño no realizado que permanece latente y que explica por sí solo lo inexplicable: la tristeza de una raza que tiene ojos de fuego, resplandecientes de furor, velados por una lágrima.

Naipá ha alcanzado la sublimidad por el sufrimiento, ha llegado al cielo y tiene proyección de eternidad.

Su amor, por lo mismo que no ha de ser correspondido plenamente en la tierra, se irá renovando a través de los tiempos en la flor blanca y se verá retribuido en el simbolismo de las corolas rosadas.

La muerte del guerrero es imprescindible para que su figura se recorte con caracteres perennes. El valor no desfallece; es la traición que lo aguarda agazapada detrás de su hazaña más brillante, la que le concede contornos de epopeya y ensalzando su denuedo y entereza, halla en el hombre al héroe.

Héroe de mito o de leyenda, engendrado en la fiebre de una noche de angustias del pasado, para templanza de las generaciones futuras. Héroe que surgió como escapado de los astros, para integrar el mundo de las cosas en una explicación de misterios incomprensidos y jamás descifrados.



Héroe de quimera, que no será igualado por seres humanos, porque no existe forma de llegar a su altura, porque el plano sobre el cual descansan sus pies está muy por encima de los mortales.

Pero allí está lo esencial de la leyenda, el guerrero es único entre los hombres como Naipá es única entre las mujeres.

Muchas doncellas habrán amado y seguirán amando hoy día, pero ninguna ha de hacerlo como Naipá, ninguna ha de confundir su materia y su espíritu en la contextura de un árbol y en la suavidad de una flor.

Naipá es el ideal de mujer en el cual convergen grandes cualidades. Amor, abnegación, dulzura, heroísmo, sufrimiento, sacrificio, he ahí los elementos de que está hecha.

El amante, generoso y noble, valiente y aguerrido hasta el arrojo y la temeridad, pierde su vida en aras de su cariño.

Y ambos, jóvenes lozanos de juventud, frente a la crueldad del mundo y de los seres, desparramando flores a manos llenas por los caminos de la vida hasta la tumba.

El Dios de la bondad protege a sus siervos y les da su recompensa por sus quebrantos en la tierra. Naipá y su amante no caben en el mundo: su amor es demasiado grande y demasiado inmenso para ser comprendido y para ser permitido. Por eso, la muerte ha de llevarlos consigo a su jardín de estrellas.

Naipá y su guerrero se han de abrazar por primera vez en el cielo y en la corola de una flor.

EL SUINDA

—Madre, qué helada está la casa. El viento entra por las hendiduras y nosotros nos morimos de frío.

—Arrojad leños al fuego y quedaos callados. No tengo tiempo para atender vuestras tonterías.

Y la costurera, sin fijarse en sus siete hijos que, apretujados en un rincón, la miraban con ojos en los cuales se retrataban el hambre y el desamparo, continuaba su tarea, cortando géneros, hilvanando aquí y descosiendo allá.

De cuando en cuando tomaba las telas y poniéndoselas encima se contemplaba en el espejo.

—Estaré más hermosa que nunca. Este color rojo me sienta espléndidamente. Y este color verde hace resaltar más aún la palidez de mi rostro... El azul quedará muy bien adornándolo con unas flores.

Y después de enumerar los siete colores de los trajes, volvía a sumirse en su costura, contenta, prejuzgando los comentarios de las vecinas y descontando de antemano su éxito.



—Será grande el asombro de doña María cuando me vea llegar al baile cada día con un vestido nuevo... Ni ella, que es la más rica del pueblo, podrá competir conmigo. Seguramente se retirará de la fiesta, pues no podrá soportar el no verse admirada de todos. Siempre ha sido la reina de la reunión y ya es hora que otra le quite el puesto de privilegio.

Y doña Cristina, que siempre anda de cuchicheos por todas partes, esta vez hablará hasta por los codos. Claro que será la envidia lo que la hará hablar...

Estoy segura que se preguntarán intrigadas: ¿De dónde ha sacado la pobre costurera que casi ni tiene para comer y para colmo tiene siete hijos a cuesta...?

La costurera reía, reía adivinando la cara de sorpresa de sus vecinas...

—Seguramente que cuando vaya a las fiestas, todas creerán que llevaré el mismo vestido durante los siete días que ellas durarán... Pero cuando vean que un día luzco uno rosa y otro día uno blanco y a la noche siguiente uno amarillo... cambiando de colores y de formas, quedarán desconcertadas.

Y yo pasaré bailando, sonriente, porque no he de perder ninguna pieza. Todos los señores del pueblo me invitarán a danzar y podré elegir entre ellos.

¡Ah! eso sí, buscaré un compañero apuesto y ágil para que haga linda pareja conmigo. No permitiré que cualquiera me saque a bailar. ¡No faltaría más...! ¡Cómo se reiría doña Margarita si me viera del brazo de algún viejo...!



La costurera reía, reía... mientras sus manos se deslizaban rápidas sobre la costura.

—Madre, sentimos frío, nuestras ropas no alcanzan a cubrirnos.

—¿Queréis callaros de una vez? Estoy muy ocupada en cosas más importantes, para haceros caso. ¿No véis que debo terminar estos vestidos antes del lunes...?

Y sí que había pensado en el lunes. La noche de ese día comenzarían las fiestas y no terminarían hasta el domingo siguiente.

Siete días de baile... Cómo había soñado con ellos, durante todo el año. ¡Y cómo había trabajado para comprar aquellos géneros que ahora constituían toda su riqueza y que serían su mayor gala...!

Y ya tenía concluidos tres; habían quedado divinos...

Ahora se apuraría para terminar los restantes que tenían algunas complicaciones, pues no había querido hacerlos iguales, para lucir más.

—Madre, tenemos mucho frío...

—Echad leños al fuego y dejadme trabajar...

Llegaron los días de la fiesta y la costurera no cabía en sí de gozo.

Una noche y otra noche bailó hasta el cansancio, hasta llegar a su casa agotada.

¡Cómo se divertía y qué éxito tenía entre los hombres! Las mujeres no se lo perdonaban y no era para menos. Los mejores partidos del pueblo le hacían la corte y no sería



difícil que alguno se decidiera a casarse, enamorado de ella...

¡Ya era hora que cambiara la suerte!

Había quedado viuda muchos años atrás y aquellos siete hijos que tuviera en su matrimonio, eran una carga difícil de mantener. Comían todo el día y destrozaban sus vestidos en menos tiempo del que tardaba ella en hacerlos.

Pero éste era el desquite. Esta vez no les había hecho trajes y la comida había sido poca. A ella le tocaba el divertirse.

¡Y qué reuniones aquéllas! Los licores corrían como agua y las empanadas calentitas no se hacían desear. Aparte, que ya casi estaba entusiasmado con ella don Mariano, el dueño de la estancia grande.

La costurera reía... reía... y después se quedaba dormida sin preocuparse de sus siete hijos.

—Madre, tenemos frío, mucho frío...

—Echad leños al fuego.

—Madre, ya no tenemos más leños y en el bosque han hachado los árboles...

—Esta noche extremaré mis arreglos —se había dicho la costurera—. Seguramente don Mariano no ha querido darme nada hasta ahora, esperando el último día de fiesta.

Y realmente este vestido celeste me queda admirablemente. Las líneas de mi cuerpo resaltan más perfectas. Me pondré estas rosas en los cabellos para que hagan un marco adecuado al óvalo de mi cara.

—Madre, sentimos mucho frío y tenemos hambre...



—No me molestéis, que no puedo distraer un instante en vosotros. No sea que se malogre mi peinado con ello.

—Madre, nos morimos de frío...

—Acurrucaos en el camastro; ya cuando vuelva podré ocuparme de vosotros y tendré sobrado tiempo de hacerlo y más aún si mis planes resultan... Entonces sí que no os faltarán leños en el fuego y regios vestidos para cubriros...

Y con ello la costurera, sin mirar a sus siete hijos, se fué camino de la fiesta, más alegre que nunca.

—¡Qué frío intenso hace en este cuarto! ¡Qué helada está la casa! Mis hijos tenían razón. ¡Qué frío tengo...!

La costurera volvía del baile, fatigada, descorazonada, deshechas sus ilusiones que acariciara por tanto tiempo.

Don Mariano no había aparecido por la reunión y se comentaba que aquel mismo día se había escapado con la hija del forastero que alquilaba el boliche.

Su interés había sido fingido. Quizá con eso hubiera buscado solamente desviar los comentarios y desorientar a la gente, pues mientras todo el mundo reparaba en ella y en las atenciones que le tenía, la hija del forastero, según se decía, hacía los preparativos para la fuga.

¡Cuán tontas habían sido sus esperanzas!

Todo un año trabajando sin descanso, para qué, ¿para este final sin sentido? Si al menos nunca hubiera soñado con aquel posible casamiento que la liberaría de sus tareas, ahora podría volver a ellas con el mismo entusiasmo de siempre. Pero estaba herida en lo más profundo de su ser...

Quizás sus hijos no se hubieran dormido. Necesitaba ha-



blar con alguien, buscar el consuelo de una palabra que la impulsara a continuar adelante...

Cerró la puerta con cuidado y cruzó sus brazos desnudos en un deseo de abrigar el cuerpo. Era la primera vez que sentía tanto frío.

Encendió la lumbre.

En el camastro descansaban los siete hijos, acurrucados. La costurera sonrió con dulzura.

Sus hijos, sus siete muchachos dormían plácidamente, y qué extraña coincidencia, también sonreían, sonreían con una beatitud incomparable.

No quería despertarlos, pero al menos los acariciaría. Si. Solamente pasaría su mano por los cabellos rubios y después se acostaría a reposar al lado de ellos.

Se acercó con ansiedad y sus labios se posaron en la frente de uno de los hijos. ¡Qué fría estaba! Tomó las manecitas que yacían a los lados del cuerpo... Luego, su boca se posó en todas las frentes, en un gesto anhelante y angustioso...

Un grito terrible resonó en la sala y la pobre costurera abrazó enloquecida a los hijos.

¡Qué helados estaban los cuerpos y qué rígidos! ¡Qué blancos los rostros!

Los siete hijos sonreían... sonreían... y estaban muertos...

La costurera anduvo unos pasos como buscando algo.

¡Qué fría estaba la casa y qué frío tenía en los huesos!

Luego se desplomó en el suelo desfallecida y comenzó a llorar desesperadamente.



A medida que sus lágrimas rodaban por sus mejillas hirvientes, su cuerpo se iba empequeñeciendo y su vestido poblándose de plumas, hasta que quedó totalmente convertido en un capullo de seda.

La lucecita que ardía en la lámpara osciló un momento y alumbró las sonrisas yertas de los hijos...

Un pájaro revoloteó en la sala y se detuvo un instante en el camastro. Su canto resonó siete veces con un sonido de tela que se rasga. Era el alma de la costurera, que parecía querer con aquellos trinos cortar siete trajes para los hijos muertos.

Clareaba el alba cuando el suindá, escapando a aquel cuadro horripilante, huyó por la ventana del cuarto para llorar su desventura en las ramas de los árboles del bosque vecino.

Explicación didáctica de la leyenda

Personaje central de la leyenda, el suindá, es una lechuza del Alto Paraná cuyo canto posee la particularidad de vibrar con un sonido de tela que se rasga.

Alrededor de esta ave y a causa de la semejanza antedicha, la gente ha hilvanado la narración que circunscribe el porqué de la existencia de la misma, encuadrando el motivo en un alto principio moral y educativo, precisando vicios que degradan la humanidad e impulsando a virtudes dignas y meritorias.



Así, acallado el amor maternal momentáneamente por el deseo de ostentación y el egoísmo, renace luego con toda la intensidad para que el castigo alcance la magnitud requerida y sea más apreciable y doloroso mediante la comprensión de la pecadora.

Y como no es bastante que la costurera sufra su irresponsabilidad y su falta de cariño y abnegación en el instante de la conversión y ante la espantosa revelación de la muerte de los hijos, para escarmiento propio y para ejemplo de los demás, seguirá con su tragedia a cuestas, cortando telas todos los días con su canto desconcertante, para hacer trajes destinados a cubrir los cuerpecitos ateridos de sus niños.

I N D I C E

Introducción	9
La mujer blanca	19
La flor de ceibo	29
El timbó	35
El rosal del virrey Liniers	43
La quena	49
El viento	59
La yerba mate	67
La Telesita	75
El camoatí	85
La garganta de las calaveras	91
El maíz	97
El palo borracho	105
El suindá	117

Este libro fué impreso en los Talleres Gráficos
CASTROMAN, ORBIZ & Cía.
San Juan 1733, Buenos Aires,
en el mes de Julio
del año 1946.

\$ 3,- m/arg.

